

Santísima Trinidad (ciclo C)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN AGUSTÍN** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO** – Homilía 2013 – Ángelus 2014 y 2015
- **BENEDICTO XVI** – Homilía 2007 y Ángelus 2010
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO** – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Cardenal Jorge MEJÍA Archivista y Bibliotecario de la S.R.I.** (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

EL INTÉRPRETE DE JESÚS

Pr 8,22-31, Rm 5,1-5; Jn 16,12-15

El elogio de la sensatez está redactado en tono autobiográfico y en clave testimonial. La sabiduría alega haber sido establecida y formada por Dios mismo antes de que creara el mundo. Más aún, ninguna de las grandes obras de la creación fue concluida — desde el océano hasta la bóveda celeste, la tierra y el mar— sin la asistencia solidaria de la Sabiduría. En tanto auxiliar cercano del Creador y mediadora cercana de su revelación, puede aleccionarnos en el descubrimiento de la voluntad del Padre. La revelación evangélica nos despejará la incógnita sobre la identidad de la sabiduría creadora y el espíritu revelador, cuando Jesús nos presente al Espíritu de la verdad, que irá completando y descifrando todas las implicaciones y consecuencias del Evangelio del Señor Jesús.

ANTÍFONA DE ENTRADA

Bendito sea Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, porque ha tenido misericordia con nosotros.

Se dice Gloria.

ORACIÓN COLECTA

Dios Padre, que al enviar al mundo la Palabra de verdad y el Espíritu santificador, revelaste a todos los hombres tu misterio admirable, concédenos que, profesando la fe verdadera, reconozcamos la

gloria de la eterna Trinidad y adoremos la Unidad de su majestad omnipotente. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Antes de que existiera la tierra, la sabiduría ya había sido engendrada.

Del libro de los Proverbios: 8, 22-31

Esto dice la sabiduría de Dios: “El Señor me poseía desde el principio, antes que sus obras más antiguas.

Quedé establecida desde la eternidad, desde el principio, antes de que la tierra existiera. Antes de que existieran los abismos y antes de que brotaran los manantiales de las aguas, fui concebida.

Antes de que las montañas y las colinas quedaran asentadas, nací yo. Cuando aún no había hecho el Señor la tierra ni los campos ni el primer polvo del universo, cuando él afianzaba los cielos, ahí estaba yo. Cuando ceñía con el horizonte la faz del abismo, cuando colgaba las nubes en lo alto, cuando hacía brotar las fuentes del océano, cuando fijó al mar sus límites y mandó a las aguas que no los traspasaran, cuando establecía los cimientos de la tierra, yo estaba junto a él como arquitecto de sus obras, yo era su encanto cotidiano; todo el tiempo me recreaba en su presencia, jugando con el orbe de la tierra y mis delicias eran estar con los hijos de los hombres”. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 8, 4-5.6-7.8-9

R/. ¡Qué admirable, Señor, es tu poder!

Cuando contemplo el cielo, obra de tus manos, la luna y las estrellas, que has creado, me pregunto: ¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes, ese pobre ser humano, para que de él te preocupes? **R/.**

Sin embargo, lo hiciste un poquito inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad; le diste el mando sobre las obras de tus manos y todo lo sometiste bajo sus pies. **R/.**

Pusiste a su servicio los rebaños y las manadas, todos los animales salvajes, las aves del cielo y los peces del mar, que recorren los caminos de las aguas. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Vayamos a Dios por Cristo mediante el amor que nos ha infundido el Espíritu Santo.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 5, 1-5

Hermanos: Ya que hemos sido justificados por la fe, mantengámonos en paz con Dios, por mediación de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos obtenido, con la fe, la entrada al mundo de la gracia, en el cual nos encontramos; por él, podemos gloriamos de tener la esperanza de participar en la gloria de Dios.

Más aún, nos gloriamos hasta de los sufrimientos, pues sabemos que el sufrimiento engendra la paciencia, la paciencia engendra la virtud sólida, la virtud sólida engendra la esperanza, y la esperanza no defrauda, porque Dios ha infundido su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que él mismo nos ha dado. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Ap 1, 8

R/. Aleluya, aleluya.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Al Dios que es, que era y que vendrá. R/.

EVANGELIO

Todo lo que tiene el Padre es mío. - El Espíritu recibirá de mí lo que les vaya comunicando a ustedes.

+ Del santo Evangelio según san Juan: 16, 12-15

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Aún tengo muchas cosas que decirles, pero todavía no las pueden comprender. Pero cuando venga el Espíritu de la verdad, él los irá guiando hasta la verdad plena, porque no hablará por su cuenta, sino que dirá lo que haya oído y les anunciará las cosas que van a suceder. Él me glorificará, porque primero recibirá de mí lo que les vaya comunicando. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho que tomará de lo mío y se lo comunicará a ustedes”. **Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.**

Se dice Credo.

PLEGARIA UNIVERSAL

Oremos, hermanos, a Dios, Padre entrañable, que por Jesucristo nos ha revelado su amor y que escucha complacido los gemidos inefables con que el Espíritu intercede por nosotros respondiendo: **Santísima Trinidad, escúchanos.**

Para que Dios Padre, Creador todopoderoso del Universo, lleve el mundo a su plenitud y haga nacer aquel cielo nuevo y aquella tierra nueva que nos ha prometido, en la que la humanidad entera encontrará la felicidad y podrá contemplar su rostro glorioso, roguemos al Señor.

Para que el Hijo Unigénito de Dios, que se hizo hombre para desposarse con la Iglesia, infunda en ella un amor semejante al suyo, como corresponde a su condición de esposa amada, roguemos al Señor.

Para que el Espíritu del Señor, que enriquece al mundo con sus dones, sea padre para los pobres, consuelo para los tristes, salud para los enfermos y fuerza para los decaídos, roguemos al Señor.

Para que los que conocemos el misterio de la vida íntima de Dios, uno en tres Personas, tengamos celo para anunciarlo a quienes lo desconocen, a fin de que también ellos encuentren gozo y descanso en Dios, que se nos ha revelado como Padre, Hijo y Espíritu Santo, roguemos al Señor.

Que te glorifique, Dios nuestro, tu iglesia, al contemplar el misterio de tu sabiduría con la que has creado y configurado el mundo; tú que, por medio de Jesucristo, nos has justificado y en tu Espíritu Santo nos has santificado, escucha la oración de tu pueblo y haz que alcancemos el conocimiento de la verdad plena y te adoremos a ti, que eres amor, verdad y vida. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Por la invocación de tu nombre, santifica, Señor, estos dones que te presentamos y transfórmanos por ellos en una continua oblación a ti. Por Jesucristo, nuestro Señor.

PREFACIO

El misterio de la Santísima Trinidad.

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Que con tu Hijo único y el Espíritu Santo, eres un solo Dios, un solo Señor, no en la singularidad de una sola persona, sino en la trinidad de una sola sustancia.

Y lo que creemos de tu gloria, porque tú lo revelaste, eso mismo lo afirmamos de tu Hijo y también del Espíritu Santo, sin diferencia ni distinción.

De modo que al proclamar nuestra fe en la verdadera y eterna divinidad, adoramos a tres personas distintas, en la unidad de un solo ser e iguales en su majestad.

A quien alaban los ángeles y los arcángeles, y todos los coros celestiales, que no cesan de aclamarte con una sola voz: Santo, Santo, Santo...

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Ga 4, 6

Porque ustedes son hijos de Dios, Dios infundió en sus corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: Abbá, Padre.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la recepción de este sacramento y nuestra profesión de fe en la Trinidad santa y eterna, y en su Unidad indivisible, nos aprovechen, Señor, Dios nuestro, para la salvación de cuerpo y alma. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.-La sociedad contemporánea ha quedado marcada por cierta visión relativista que pone bajo cuestión toda certeza y toda convicción. Pareciera que todo lo que era sólido se ha vuelto líquido y que todo lo que parecía pleno se hubiera tornado vacío. Para no sucumbir en esta hora confusa y no perdernos en el laberinto de propuestas y contrapropuestas, para no secundar las tendencias de la opinión dominante y terminar desfigurando la identidad del Evangelio, necesitamos estar atentos al soplo fecundo del Espíritu. La iglesia vive su camino de fidelidad a Jesús a través de encuentros sinodales donde se quiere responder al desafío de la palabra revelada y al desafío de la palabra acontecida. Quien sepa releer el mensaje de Jesús en sintonía con los llamados que el Espíritu susurra en la historia, sabrá vivir como discípulo del Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Desde la eternidad fue formada la Sabiduría (Pr 8,22-31)

1ª lectura

La Sabiduría está en el origen del orden y la estabilidad del mundo, ya que está presente junto a Dios desde el principio (vv. 22-31).

En este canto, con lenguaje solemne y con figuras tomadas de la cosmogonía tradicional de Israel, se manifiesta la relación entre Sabiduría y creación del mundo y del hombre. La Sabiduría está junto a Dios en la creación y se goza especialmente en su relación con el hombre. Aparece descrita con unos rasgos personales que preparan para comprender más adelante, en el progreso de la Revelación, el misterio de la Santísima Trinidad. En el Prólogo del Evangelio de San Juan se describirá la relación entre Dios y el Verbo con unos términos que recuerdan en parte este texto (vv. 22-30, cfr Jn 1,1; v. 35, cfr Jn 1,4). La dignidad que tiene la Sabiduría en el canto de los Proverbios será atribuida a Cristo en algunos escritos del Nuevo Testamento: en la Carta a los Colosenses se le designa como «primogénito de toda criatura» (Col 1,15) y en el Apocalipsis como «principio de la creación de Dios» (Ap 3,14). En este sentido se lee Pr 8,22-31 en esta solemnidad de la Santísima Trinidad.

Desde el siglo VI se incluye este pasaje también en la Misa de la Natividad de la Virgen María (8 de septiembre). De este modo la Iglesia reconoce que, así como el Verbo es Dios desde la eternidad y está activo en la creación del mundo, la Madre del Salvador de algún modo también habría de estar en la mente de Dios «desde el comienzo» (vv. 22-23). «María, la Santísima Madre de Dios, la siempre Virgen, es la obra maestra de la Misión del Hijo y del Espíritu Santo en la Plenitud de los tiempos. Por primera vez en el designio de Salvación y porque su Espíritu la ha preparado, el Padre encuentra la Morada en donde su Hijo y su Espíritu pueden habitar entre los hombres. Por ello, los más bellos textos sobre la sabiduría, la tradición de la Iglesia los ha entendido frecuentemente con relación a María (cfr Pr 8,1-9,6; Si 24): María es cantada y representada en la Liturgia como el “Trono de la Sabiduría”» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 721).

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones (Rm 5,1-5)

2ª lectura

La nueva vida que resulta de la justificación se realiza en la fe y en la esperanza (vv. 1-2), que tienen la garantía del amor de Dios (v. 5). Así pues, fe, esperanza y caridad, «las tres virtudes teologales, que componen el armazón sobre el que se teje la auténtica existencia del hombre cristiano, de la mujer cristiana» (S. Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, n. 205), se suceden actuando en nosotros, contribuyendo al crecimiento de la vida de la gracia. El fruto de este crecimiento es la paz (v. 1), que se hace, de algún modo casi inalterable, como anticipo, aunque imperfecto, de la vida eterna. Una paz, que no consiste en la apatía de quien no quiere tener problemas, sino en la firmeza, llena de esperanza («la virtud probada», v. 4), para sobreponerse a las contradicciones y mantenerse fiel. «Quien espera algo con gran fuerza está dispuesto a sufrir todas las dificultades y amarguras para conseguirlo. Así, un enfermo, si desea ardientemente la salud, toma de buena gana la medicina amarga que le sanará» (Sto. Tomás de Aquino, *Super Romanos*, *ad loc.*).

El amor del que se habla en el v. 5 es, a la vez, el amor con que Dios nos ama —que se manifiesta en el envío del Espíritu Santo—, y el amor que Dios pone en nuestras almas para que le podamos amar. El Concilio II de Orange, citando a San Agustín, se expresa así: «Amar a Dios es exclusivamente un don de Dios. El mismo que, sin ser amado, ama, nos concedió que le amásemos. Fuimos amados cuando todavía le éramos desagradables, para que se nos concediera algo con que agradecerle. En efecto, el Espíritu del Padre y del Hijo, a quien amamos con el Padre y el Hijo, derrama la caridad en nuestros corazones» (*De gratia*, can. 25; cfr San Agustín, *In Ioannis Evangelium* 102,5).

El Espíritu os guiará hacia toda la verdad (Jn 16,12-15)

Evangelio

En todo el capítulo 16 de San Juan, Jesús predice que quienes no conocen a Dios Padre ni le reconocen a Él perseguirán a sus discípulos como también le persiguieron a Él y le dieron muerte (cfr 15,18-20), pero las persecuciones y dificultades que inevitablemente han de encontrar quienes siguen a Cristo no deben ser causa de escándalo ni de desánimo.

Jesús habla del Paráclito tres veces en el Sermón de la Cena. En la primera (14,15ss.), afirma que será otro Consolador enviado por el Padre para que esté siempre con ellos; en la segunda (14,26), dice que el Padre enviará en su nombre el Espíritu de la verdad que les enseñará todo; en esta tercera (vv. 1-15), anuncia que el fruto de su ascensión al Cielo será el envío del Espíritu Santo y la acción que el Espíritu Santo realizará ante el mundo y ante los discípulos. A los discípulos, el Espíritu Santo les llevará a la plena comprensión de la verdad revelada por Cristo.

Especialmente los vv. 14-15 descubren algunos aspectos del misterio de la Santísima Trinidad. Enseñan la igualdad de las tres divinas personas al decir que todo lo que tiene el Padre es del Hijo, que todo lo que tiene el Hijo es del Padre, y que el Espíritu Santo posee también aquello que es común al Padre y al Hijo, es decir, la esencia divina.

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

LIBRO I

En que fe prueba, al tenor de las Escrituras sagradas, la unidad e igualdad de la Trinidad soberana y se resuelven ciertas dificultades contra la igualdad del Hijo.

CAPITULO I

Escribe contra aquellos que, abusando de la razón, calumnian la doctrina de la Trinidad. El error de los que polemizan acerca de Dios proviene de una triple causa. La escritura divina, dejadas a un lado las interpretaciones falsas, nos eleva gradualmente a las cosas de Dios. Inmortalidad verdadera. Por la fe somos nutridos y nos hacemos aptos para entender lo divino.

1. Ante todo, conviene advertir al futuro lector de este mí tratado sobre la Trinidad que mi pluma está vigilante contra las calumnias de aquellos que, despreciando el principio de la fe, se dejan engañar por un prematuro y perverso amor a la razón. Ensayan unos aplicar a las sustancias incorpóreas y espirituales las nociones de las cosas materiales adquiridas mediante la experiencia de los sentidos corpóreos, o bien con la ayuda de la penetración natural del humano ingenio, de la vivacidad del espíritu, o con el auxilio de una disciplina cualquiera, y pretenden sopesar y medir aquéllas por éstas.

Hay quienes razonan de Dios —si esto es razonar—al tenor de la naturaleza o afectos del alma humana y este error los arrastra, cuando de Dios discurren, a sentar atormentados e ilusorios principios. Existe además una tercera raza de hombres que se esfuerzan, es cierto, por elevarse sobre todas las criaturas mudables con la intención de fijar su pupila en la inmutable sustancia, que es Dios; pero, sobrecargados con el fardo de su mortalidad, aparentan conocer lo que ignoran, y no son capaces de conocer lo que anhelan. Afirmando con audacia presuntuosa sus opiniones, pues se cierran caminos a la inteligencia y prefieren no corregir su doctrina perversa antes que mudar de sentencia.

Y éste es el virus de los tres mencionados errores; es decir, de los que razonan de Dios según la carne, de los que sienten según la criatura espiritual, como lo es el alma, y de los que, equidistantes de lo corpóreo y espiritual, sostienen opiniones sobre la divinidad tanto más absurdas y distanciadas de la verdad cuanto su sentir no se apoya en los sentidos corporales, ni en el espíritu creado, ni en el Creador. El que opina que Dios es blanco o sonrosado se equivoca; con todo, estos accidentes se encuentran en el cuerpo. Nuevamente, quien opina que Dios ahora se recuerda y luego se olvida, u otras cosas a este tenor, yerra sin duda, pero estas cosas se encuentran en el ánimo. Mas quien juzga que Dios es una fuerza dinámica capaz de engendrarse a sí mismo, llega al vértice del error, pues no sólo no es así Dios, pero ni criatura alguna espiritual o corpórea puede engendrar su misma existencia.

2. Con el fin, pues, de purificar el alma humana de estas falsedades, la Sagrada Escritura, adaptándose a nuestra parvedad, no esquivó palabra alguna humana con el intento de elevar, en gradación suave, nuestro entendimiento bien cultivado a las alturas sublimes de los misterios divinos. Así, al hablar de Dios, usa expresiones tomadas del mundo corpóreo y dice: *Encúbreme a la sombra*

de tus alas. Y aún le place usurpar del mundo inmaterial locuciones innúmeras, no para significar lo que Dios es en sí, sino porque así era conveniente expresarse. Por ejemplo: *Yo soy un Dios celoso. Me arrepiento de haber creado al hombre.* Por el contrario, de las cosas inexistentes se abstiene en general la Escritura de emplear expresiones que cuajen enigmas o iluminen sentencias. Por eso se disipan en vanas y perniciosas sutilezas aquellos que, enmarcados en el tercer error, se distancian de la verdad fingiendo en Dios lo que ni en El ni en ser alguno creado es dable encontrar.

Con símiles tomados de la creación suele la Escritura divina formar como pasatiempos infantiles con la intención de excitar por sus pasos en los débiles un amor encendido hacia las realidades superiores, abandonando las rastreras. Lo que es propio de Dios, que no se encuentra en ninguna criatura, rara vez lo menciona la Escritura divina, como aquello que fue dicho a Moisés: *Yo soy el que soy; y: El que es me envía a vosotros.* Ser se dice en cierto modo del cuerpo y del espíritu, más la Escritura no diría esto si no quisiera darle un sentido especial. Dice también el Apóstol: *El único que posee la inmortalidad.* Siendo el alma, en cierta medida, inmortal, no diría el Apóstol: *El único que la posee,* si no se tratase de la verdadera inmortalidad inconmutable, que ninguna criatura puede poseer, pues es exclusiva del Creador. Esto dice Santiago: *Toda dádiva óptima y todo don perfecto viene de arriba, desciende del Padre de las luces, en el cual no se da mudanza ni sombra de variación.* Y David en el Salmo: *Los mudarás y serán mudados; pero tú eres siempre el mismo.*

3. De aquí la dificultad de intuir y conocer plenamente la sustancia inconmutable de Dios, creadora de las cosas transitorias, que, sin mutación alguna temporal en sí, crea las cosas temporales. Para poder contemplar inefablemente lo inefable es menester purificar nuestra mente. No dotados aún con la visión somos nutridos por la fe y conducidos a través de caminos practicables, a fin de hacernos aptos e idóneos de su posesión. Afirma el Apóstol estar en Cristo escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia; sin embargo, al hablar a los ya regenerados por su gracia, pero, como carnales y animales, aún parvulillos en Cristo, nos lo recuerda no en su potencia divina, en la que es igual al Padre, sino en su flaqueza humana, que le llevó a sufrir muerte de cruz. *Nunca, dice, me precié entre vosotros de saber alguna cosa, sino a Jesucristo, y éste crucificado.* Y a renglón seguido les dice: *Me presenté a vosotros en flaqueza y mucho temor y temblor.* Y un poco después les dice: *Y yo, hermanos, no pude hablares como a espirituales, sino como a carnales. Como a infantes en Cristo, os di leche a beber y no comida, porque no la admitíais aún, ni ahora la podéis sufrir.*

Hay quienes se irritan ante este lenguaje, juzgándolo injurioso, y prefieren creer que quien así habla nada tiene que decir, antes que confesar su desconocimiento ante lo que oyen. Y a veces les damos no las razones que ellos piden y exigen cuando hablamos de Dios —quizás no las entendieran, ni nosotros sabríamos explicarnos bien—, sino las que sirven para demostrarles cuán negados e incapaces son para entender lo que exigen.

Más como no escuchan lo que quieren, juzgan, o que obramos así para ocultar nuestra insipiente, o que maliciosamente emulamos su saber, y así, indignados y coléricos, se alejan.

CAPITULO II

Plan de la obra

4. Por lo cual, con la ayuda del Señor, nuestro Dios, intentaré contestar, según mis posibles, a la cuestión que mis adversarios piden, a saber : que la Trinidad es un solo, único y verdadero Dios, y cuán rectamente se dice, cree y entiende que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son de una misma esencia o sustancia; de suerte que, no burlados con nuestras excusas, sino convencidos por experiencia, se persuadan de la existencia del Bien Sumo, visible a las almas puras, y de su

incomprensibilidad inefable, porque la débil penetración de la humana inteligencia no puede fijar su mirada en el resplandor centelleante de la luz si no es robustecida por la justicia de la fe.

Primero es necesario probar, fundados en la autoridad de las Santas Escrituras, si es ésta nuestra fe. Luego, si Dios quiere y nos socorre, abordaré mi respuesta a estos gárrulos disputadores, más hinchados que capaces, enfermos de gran peligro, ayudándoles quizá a encontrar una verdad de la cual no puedan dudar, y obligándolos, en lo que no pudieren entender, a poner en cuarentena la penetración y agudeza de su inteligencia o la validez de nuestros razonamientos, antes que dudar de la verdad. Y si hay en ellos una centella de amor o temor de Dios, vuelvan al orden y principio de la fe, experimentando en sí la influencia saludable de la medicina de los fieles existente en la santa Iglesia, para que la piedad bien cultivada sane la flaqueza de su inteligencia y pueda percibir la verdad inconmutable, y así su audacia temeraria no les precipite en opiniones de una engañosa falsedad. Y no me pesará indagar cuando dudo, ni me avergonzaré de aprender cuando yerro.

CAPITULO III

Disposiciones que en el lector exige Agustín

5. En consecuencia, quien esto lea, si tiene certeza, avance en mi compañía; indague conmigo, si duda; pase a mi campo cuando reconozca su error, y enderece mis pasos cuando me extravíe. Así marcharemos, con paso igual, por las sendas de la caridad en busca de aquel de quien está escrito: *Buscad siempre su rostro*. Esta es la piadosa y segura regla que brindo, en presencia del Señor, nuestro Dios, a quienes lean mis escritos, especialmente este tratado, donde se defiende la unidad en la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, pues no existe materia donde con mayor peligro se desbarre, ni se investigue con más fatiga, o se encuentre con mayor fruto.

Aquel que, al correr de la lectura, exclama: “Esto no está bien dicho, porque no lo comprendo”, critica mi palabra, no mi fe. La frase quizá pudiera ser más diáfana; sin embargo, ningún hombre ha podido expresarse de manera que todos le entiendan en todo. El que no esté conforme con mi expresión o no la entienda, vea si es capaz de comprender a otros autores más versados en estas lides, y si es así, cierre mi libro, y, si le parece, arrincónelo y dedique sus afanes y su tiempo a los que entiende.

Sin embargo, no crea que deba yo guardar silencio porque no me expreso con la precisión y nitidez de los autores que él entiende. No todos los libros que se escriben circulan en manos de todos; y es posible que algunos no tengan a su alcance los escritos que se juzgan más asequibles y topen con estos nuestros y sean capaces de entenderlos.

Por eso es útil que ciertas cuestiones sean tratadas por diversos autores de idénticas creencias, con diferente estilo, para que así la misma verdad llegue a conocimiento de muchos, a unos por este conducto, a otros por aquél. Más, si alguien se lamenta de no entender mi lenguaje porque nunca fue capaz de comprender tales cosas, aunque estén expuestas con agudeza y diligencia, trate consigo de adelantar en los deseos y estudios, pero no pretenda hacerme enmudecer con sus lamentos y ultrajes.

El que, al recorrer estas líneas, diga que entiende lo que se dice, pero no lo juzga verdadero, pruebe, si le place, su sentencia e impugne, si puede, la mía. Si lo hace impulsado por la caridad y por la verdad y se digna — si aún vivo— hacérmelo saber, óptimos frutos me producirá este mi afán; si no le fuera posible hacérmelo presente, siempre le estaré agradecido y obligado en nombre de aquellos a quienes se lo hiciese notar. Por mi parte, continuaré meditando, si no día y noche, sí; empero, en los fugaces momentos en que me es posible, y para no olvidar mis soliloquios los confío a mi pluma, esperando, por la misericordia divina, poder perseverar en estas verdades que se complace en revelarme; y si estoy en el error, El me lo dará a conocer, ya por medio de sus secretas

amonestaciones e inspiraciones, ya por medio de su palabra revelada; ya por medio de mis coloquios con los hermanos. Esto es lo que pido, y este mi deseo lo deposito cabe El, pues es poderoso para custodiar lo que me dio y cumplir lo que prometió.

6. Creo, en verdad, que algunos, más tardos de ingenio, en ciertos pasajes de mis libros opinarán que yo dije lo que no he dicho o que no dije lo que dije. ¿Quién ignora que su error no se me ha de imputar si al seguir mis pasos, mientras me veo obligado a caminar por oscura e impracticable vía no me comprenden y se desvían hasta dar en el error, si nadie puede con razón atribuir a las autoridades sagradas de los libros divinos los múltiples y variados errores de los herejes, cuando todos acuden a las Escrituras para defender sus falaces y erróneas opiniones?

La ley de Cristo, con suavísimo imperio, es decir, la caridad, me amonesta abiertamente y manda preferir ser reprendido por el que fustiga el error a la lisonja del que lo alaba, cuando los hombres crean que he defendido en mis libros algún error que yo no defiendo, y a unos place y a otros desagrada. Aunque injustamente, pues no es mi opinión, con justo enojo es vituperado el error por el primero; mientras, por el contrario, no soy con razón alabado por el que juzga que defiendo lo que la verdad condena, ni es con rectitud loada una doctrina que la verdad vitupera.

En el nombre del Señor doy, pues, principio a mi obra.

CAPITULO IV

Doctrina Católica sobre la Trinidad

7. Cuantos intérpretes católicos de los libros divinos del Antiguo y Nuevo Testamento he podido leer, anteriores a mí en la especulación sobre la Trinidad, que es Dios, enseñan, al tenor de las Escrituras, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, de una misma e idéntica sustancia, insinúan, en inseparable igualdad, la unicidad divina, y, en consecuencia, no son tres dioses, sino un solo Dios. Y aunque el Padre engendró un Hijo, el Hijo no es el Padre; y aunque el Hijo es engendrado por el Padre, el Padre no es el Hijo; y el Espíritu Santo no es ni el Padre ni el Hijo, sino el Espíritu del Padre y del Hijo, al Padre y al Hijo coigual y perteneciente a la unidad trina.

Sin embargo, la Trinidad no nació de María Virgen, ni fue crucificada y sepultada bajo Poncio Pilato, ni resucitó al tercer día, ni subió a los cielos, sino el Hijo solo; ni descendió la Trinidad en figura de paloma sobre Jesús el día de su bautismo; ni en la solemnidad de Pentecostés, después de la ascensión del Señor, entre viento huracanado y fragores del cielo, vino a posarse, en forma de lenguas de fuego, sobre los apóstoles, sino sólo el Espíritu Santo. Finalmente, no dijo la Trinidad desde el cielo: *Tú eres mi Hijo*, cuando Jesús fue bautizado por Juan, o en el monte cuando estaba en compañía de sus tres discípulos, ni al resonar aquella voz: *Le he glorificado y volveré a glorificar*, sino que era únicamente la voz del Padre, que hablaba a su Hijo, si bien el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo sean inseparables en su esencia y en sus operaciones. Y ésta es mi fe, pues es la fe católica.

CAPITULO V

Dificultades acerca de la Trinidad. Cómo las Tres Personas son un solo Dios, y obrando inseparablemente, ejecutan ciertas cosas sin mutuo concurso.

8. Pero algunos se turban cuando oyen decir que el Padre es Dios, que el Hijo es Dios y que el Espíritu Santo es Dios, y, sin embargo, no hay tres dioses en la Trinidad, sino un solo Dios; y tratan de entender cómo puede ser esto: especialmente cuando se dice que la Trinidad actúa inseparablemente en todas las operaciones de Dios; con todo, no fue la voz del Hijo, sino la voz del Padre, la que resonó; sólo el Hijo se apareció en carne mortal, padeció, resucitó y subió al cielo; y

sólo el Espíritu Santo vino en figura de paloma. Y quieren entender cómo aquella voz del Padre es obra de la Trinidad, y cómo aquella carne en la que sólo el Hijo nació de una Virgen es obra de la misma Trinidad, y cómo pudo la Trinidad actuar en la figura de paloma, pues únicamente en ella se apareció el Espíritu Santo.

Pues de no ser así, la Trinidad no obraría inseparablemente, y entonces el Padre sería autor de unas cosas, el Hijo de otras y el Espíritu Santo de otras; o, si ciertas operaciones son comunes y algunas privativas de una persona determinada, ya no es inseparable la Trinidad.

Les preocupa también saber cómo el Espíritu Santo pertenece a dicha Trinidad no siendo engendrado por el Padre, ni por el Hijo, ni por ambos a una, aunque es Espíritu del Padre y del Hijo. Estas son, pues, las cuestiones que hasta cansarnos nos proponen; y si Dios se complace en ayudar nuestra pequeñez, ensayaremos responderles, evitando caminar con aquel que de envidia se consume.

Si afirmo que no suelen venirme al pensamiento tales problemas, mentiría; y si confieso que estas cosas tienen holgada mansión en mi entendimiento, pues me inflamo en el amor de la verdad a indagar, me asedian, con el derecho de la caridad, para que les indique las soluciones encontradas. No es que haya alcanzado la meta, o sea ya perfecto (si el apóstol San Pablo no se atrevió a decirlo de sí, ¿cómo osaré yo pregonarlo, estando tan distanciado de él y bajo sus pies?); más olvido lo que atrás queda y me lanzo, según mi capacidad, a la conquista de lo que tengo delante y corro, con la intención, hacia la recompensa de la vocación suprema. Dónde me encuentro en este caminar, adónde he llegado y cuánto me falta para alcanzar el fin, es lo que desean saber de mí aquellos de quienes la caridad libre me hace humilde servidor.

Es menester, y Dios me lo otorgará, que yo mismo aprenda enseñando a mis lectores, y al desear responder a otros, yo mismo encontraré lo que buscando voy. Tomo sobre mí este trabajo por mandato y con el auxilio del Señor, nuestro Dios, no con el afán de discutir autoritariamente, sino con el anhelo de conocer lo que ignoro discurriendo con piedad.

(Tratado sobre la Santísima Trinidad, L.1, c. 1-5, o.c. (V), BAC, Madrid, 1968, pp. 115-127)

FRANCISCO – Homilía 2013 – Ángelus 2014 y 2015

Homilía 2013

El Padre crea a todos, Jesús nos salva, el Espíritu Santo nos ama

Misa de Primera Comunión

Queridos hermanos y hermanas:

El párroco, en sus palabras, me ha hecho recordar algo bello de la Virgen. Cuando la Virgen, en cuanto recibió el anuncio de que sería la madre de Jesús, y también el anuncio de que su prima Isabel estaba encinta —dice el Evangelio—, se fue deprisa; no esperó. No dijo: «Pero ahora yo estoy embarazada; debo atender mi salud. Mi prima tendrá amigas que a lo mejor la ayudarán». Ella percibió algo y «se puso en camino deprisa». Es bello pensar esto de la Virgen, de nuestra Madre, que va deprisa, porque tiene esto dentro: ayudar. Va para ayudar, no para enorgullecerse y decir a la prima: «Oye, ahora mando yo, porque soy la mamá de Dios». No; no hizo eso. Fue a ayudar. Y la Virgen es siempre así. Es nuestra Madre, que siempre viene deprisa cuando tenemos necesidad. Sería bello añadir a las Letanías de la Virgen una que diga así: «Señora que vas deprisa, ruega por nosotros». Es bello esto, ¿verdad? Porque Ella siempre va deprisa, Ella no se olvida de sus hijos. Y

cuando sus hijos están en dificultades, tienen una necesidad y la invocan, Ella acude deprisa. Y esto nos da una seguridad, una seguridad de tener a la Mamá al lado, a nuestro lado siempre. Se va, se camina mejor en la vida cuando tenemos a la mamá cerca. Pensemos en esta gracia de la Virgen, esta gracia que nos da: estar cerca de nosotros, pero sin hacernos esperar. ¡Siempre! Ella está — confiemos en esto— para ayudarnos. La Virgen que siempre va deprisa, por nosotros.

La Virgen nos ayuda también a entender bien a Dios, a Jesús, a entender bien la vida de Jesús, la vida de Dios, a entender bien quién es el Señor, cómo es el Señor, quién es Dios. A vosotros, niños, os pregunto: «¿Quién sabe quién es Dios?». Levantad la mano. Dime. ¡Eso! Creador de la Tierra. ¿Y cuántos Dios hay? ¿Uno? Pero a mí me han dicho que hay tres: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. ¿Cómo se explica esto? ¿Existe uno o existen tres? ¿Uno? ¿Uno? ¿Y cómo se explica que uno sea el Padre, otro el Hijo y otro el Espíritu Santo? ¡Más fuerte, más fuerte! Esa está bien. Son tres en uno, tres personas en uno. ¿Y qué hace el Padre? El Padre es el principio, el Padre, que ha creado todo, nos ha creado a nosotros. ¿Qué hace el Hijo? ¿Qué hace Jesús? ¿Quién sabe decir qué hace Jesús? ¿Nos ama? ¿Y qué más? ¡Trae la Palabra de Dios! Jesús viene a enseñarnos la Palabra de Dios. ¡Muy bien esto! ¿Y además? ¿Qué hizo Jesús en la tierra? ¡Nos ha salvado! Y Jesús vino para dar su vida por nosotros. El Padre crea a todos, crea el mundo; Jesús nos salva; ¿y el Espíritu Santo, qué hace? ¡Nos ama! ¡Te da el amor! Todos los niños juntos: el Padre crea a todos, crea el mundo; Jesús nos salva; y ¿el Espíritu Santo? ¡Nos ama! Y ésta es la vida cristiana: hablar con el Padre, hablar con el Hijo y hablar con el Espíritu Santo. Jesús nos ha salvado, pero también camina con nosotros en la vida. ¿Es verdad esto? ¿Y cómo camina? ¿Qué hace cuando camina con nosotros en la vida? Esto es difícil. ¡Quien lo diga gana el derbi! ¿Qué hace Jesús cuando camina con nosotros? ¡Más fuerte! Primero: nos ayuda. ¡Nos guía! ¡Muy bien! Camina con nosotros, nos ayuda, nos guía y nos enseña a ir adelante. Y Jesús nos da también la fuerza para caminar. ¿Es verdad? Nos sostiene. ¡Bien! En las dificultades, ¿verdad? ¡Y también con las tareas de la escuela! Nos sostiene, nos ayuda, nos guía, nos sostiene. ¡Eso es! Jesús va siempre con nosotros. Vale. Pero oíd, Jesús nos da la fuerza. ¿Cómo nos da la fuerza Jesús? ¡Vosotros sabéis cómo nos da la fuerza! ¡Más fuerte; no oigo! En la Comunión nos da la fuerza, precisamente nos ayuda con la fuerza. Él viene a nosotros. Pero cuando vosotros decís «nos da la Comunión», ¿un pedazo de pan te da tanta fuerza? ¿No es pan eso? ¿Es pan? Esto es pan, pero el que está en el altar ¿es pan o no es pan? ¡Parece pan! No es precisamente pan. ¿Qué es? Es el Cuerpo de Jesús. Jesús viene a nuestro corazón. Eso. Pensemos en esto, todos: el Padre nos ha dado la vida; Jesús nos ha dado la salvación, nos acompaña, nos guía, nos sostiene, nos enseña; ¿y el Espíritu Santo? ¿Qué nos da el Espíritu Santo? ¡Nos ama! Nos da el amor. Pensemos en Dios así y pidamos a la Virgen, la Virgen nuestra Madre, deprisa siempre para ayudarnos, que nos enseñe a entender bien cómo es Dios: cómo es el Padre, cómo es el Hijo y cómo es el Espíritu Santo. Así sea.

Ángelus 2014

Una persona que ama a los demás es reflejo de la Trinidad.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy celebramos la solemnidad de la santísima Trinidad, que presenta a nuestra contemplación y adoración la vida divina del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: una vida de comunión y de amor perfecto, origen y meta de todo el universo y de cada criatura, Dios. En la Trinidad reconocemos también el modelo de la Iglesia, en la que estamos llamados a amarnos como Jesús nos amó. Es el amor el signo concreto que manifiesta la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu

Santo. Es el amor el distintivo del cristiano, como nos dijo Jesús: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (*Jn 13, 35*). Es una contradicción pensar en cristianos que se odian. Es una contradicción. Y el diablo busca siempre esto: hacernos odiar, porque él siembra siempre la cizaña del odio; él no conoce el amor, el amor es de Dios.

Todos estamos llamados a testimoniar y anunciar el mensaje de que «Dios es amor», de que Dios no está lejos o es insensible a nuestras vicisitudes humanas. Está cerca, está siempre a nuestro lado, camina con nosotros para compartir nuestras alegrías y nuestros dolores, nuestras esperanzas y nuestras fatigas. Nos ama tanto y hasta tal punto, que se hizo hombre, vino al mundo no para juzgarlo, sino para que el mundo se salve por medio de Jesús (cf. *Jn 3, 16-17*). Y este es el amor de Dios en Jesús, este amor que es tan difícil de comprender, pero que sentimos cuando nos acercamos a Jesús. Y Él nos perdona siempre, nos espera siempre, nos quiere mucho. Y el amor de Jesús que sentimos, es el amor de Dios.

El Espíritu Santo, don de Jesús resucitado, nos comunica la vida divina, y así nos hace entrar en el dinamismo de la Trinidad, que es un dinamismo de amor, de comunión, de servicio recíproco, de participación. Una persona que ama a los demás por la alegría misma de amar es reflejo de la Trinidad. Una familia en la que se aman y se ayudan unos a otros, es un reflejo de la Trinidad. Una parroquia en la que se quieren y comparten los bienes espirituales y materiales, es un reflejo de la Trinidad.

El amor verdadero es ilimitado, pero sabe limitarse para salir al encuentro del otro, para respetar la libertad del otro. Todos los domingos vamos a misa, juntos celebramos la Eucaristía, y la Eucaristía es como la «zarza ardiendo», en la que humildemente habita y se comunica la Trinidad; por eso la Iglesia ha puesto la fiesta del *Corpus Christi* después de la de la Trinidad. El jueves próximo, según la tradición romana, celebraremos la santa misa en San Juan de Letrán, y después haremos la procesión con el Santísimo Sacramento. Invito a los romanos y a los peregrinos a participar, para expresar nuestro deseo de ser un pueblo «congregado en la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (san Cipriano). Os espero a todos el próximo jueves, a las 19.00, para la misa y la procesión del *Corpus Christi*.

Que la Virgen María, criatura perfecta de la Trinidad, nos ayude a hacer de toda nuestra vida, en los pequeños gestos y en las elecciones más importantes, un himno de alabanza a Dios, que es amor.

Ángelus 2015

La Trinidad es el fin último hacia el cual está orientada nuestra peregrinación terrenal

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y feliz domingo!

Hoy celebramos la fiesta de la Santísima Trinidad, que nos recuerda el misterio del único Dios en tres Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La Trinidad es comunión de Personas divinas, las cuales son una con la otra, una para la otra y una en la otra: esta comunión es la vida de Dios, el misterio de amor del Dios vivo. Y Jesús nos reveló este misterio. Él nos habló de Dios como Padre; nos habló del Espíritu; y nos habló de sí mismo como Hijo de Dios. Y así nos reveló este misterio. Y cuando, resucitado, envió a los discípulos a evangelizar a todos los pueblos les dijo que los bautizaran «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (*Mt 28, 19*). Este mandato, Cristo lo encomienda en todo tiempo a la Iglesia, que heredó de los Apóstoles el mandato misionero.

Lo dirige también a cada uno de nosotros que, en virtud del Bautismo, formamos parte de su comunidad.

Por lo tanto, la solemnidad litúrgica de hoy, al tiempo que nos hace contemplar el misterio estupendo del cual provenimos y hacia el cual vamos, nos renueva la misión de vivir la comunión con Dios y vivir la comunión entre nosotros según el modelo de la comunión divina. No estamos llamados a vivir los unos sin los otros, por encima o contra los demás, sino los unos *con* los otros, *por* los otros y *en* los otros. Esto significa acoger y testimoniar concordes la belleza del Evangelio; vivir el amor recíproco y hacia todos, compartiendo alegrías y sufrimientos, aprendiendo a pedir y conceder el perdón, valorizando los diversos carismas bajo la guía de los pastores. En una palabra, se nos encomienda la tarea de edificar *comunidades eclesiales que sean cada vez más familia*, capaces de reflejar el esplendor de la Trinidad y evangelizar, no sólo con las palabras, sino con la fuerza del amor de Dios que habita en nosotros.

La Trinidad, como indicaba, es también *el fin último hacia el cual está orientada nuestra peregrinación terrenal*. El camino de la vida cristiana es, en efecto, un camino esencialmente «trinitario»: el Espíritu Santo nos guía al pleno conocimiento de las enseñanzas de Cristo, y también nos recuerda lo que Jesús nos enseñó; y Jesús, a su vez, vino al mundo para hacernos conocer al Padre, para guiarnos hacia Él, para reconciliarnos con Él. Todo, en la vida cristiana, gira alrededor del misterio trinitario y se realiza en orden a este misterio infinito. Intentemos pues, mantener siempre elevado el «tono» de nuestra vida, recordándonos *para qué fin, para cuál gloria* nosotros existimos, trabajamos, luchamos y sufrimos; y a cuál inmenso premio estamos llamados. Este misterio abraza toda nuestra vida y todo nuestro ser cristiano. Lo recordamos, por ejemplo, cada vez que hacemos la señal de la cruz: en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y ahora os invito a hacer todos juntos, y con voz fuerte, esta señal de la cruz: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

En este último día del mes de mayo, el mes mariano, nos encomendamos a la Virgen María. Que Ella, quien más que cualquier otra criatura, ha conocido, adorado, amado el misterio de la Santísima Trinidad, nos guíe de la mano; nos ayude a percibir, en los acontecimientos del mundo, los signos de la presencia de Dios, Padre Hijo y Espíritu Santo; nos conceda amar al Señor Jesús con todo el corazón, para caminar hacia la visión de la Trinidad, meta maravillosa a la cual tiende nuestra vida. Le pedimos también que ayude a la Iglesia a ser misterio de comunión y comunidad hospitalaria, donde toda persona, especialmente pobre y marginada, pueda encontrar acogida y sentirse hija de Dios, querida y amada.

BENEDICTO XVI - Homilía 2007 y Ángelus 2010

Homilía 2007

Dios sigue manifestando su designio de amor mediante los santos

Queridos hermanos y hermanas

Celebramos hoy la solemnidad de la Santísima Trinidad. Después del tiempo pascual, después de haber revivido el acontecimiento de Pentecostés, que renueva el bautismo de la Iglesia en el Espíritu Santo, dirigimos la mirada, por decirlo así, “a los cielos abiertos” para entrar con los ojos de la fe en las profundidades del misterio de Dios, uno en la sustancia y trino en las personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Mientras nos dejamos envolver por este supremo misterio, admiramos la gloria de Dios, que se refleja en la vida de los santos; la contemplamos, ante todo, en los que acabo de

proponer a la veneración de la Iglesia universal: Jorge Preca, Simón de Lipnica, Carlos de San Andrés Houben y María Eugenia de Jesús Milleret (...).

En la primera lectura, tomada del *libro de los Proverbios*, entra en escena la *Sabiduría*, que está junto a Dios como asistente, como “arquitecto” (*Pr* 8, 30). La “panorámica” sobre el cosmos, observado con sus ojos, es estupenda. La Sabiduría misma confiesa: “Jugaba con la bola de la tierra, gozaba con los hijos de los hombres” (*Pr* 8, 31). Le complace habitar en medio de los seres humanos, porque en ellos reconoce la imagen y la semejanza del Creador. Esta relación preferencial de la Sabiduría con los hombres lleva a pensar en un célebre pasaje de otro libro sapiencial, el *libro de la Sabiduría*: “La Sabiduría —leemos— es una emanación pura de la gloria del Omnipotente (...); sin salir de sí misma, renueva el universo; en todas las edades, entrando en las almas santas, forma en ellas amigos de Dios y profetas” (*Sb* 7, 25-27). Esta última expresión, sugestiva, invita a considerar la multiforme e inagotable *manifestación de la santidad* en el pueblo de Dios a lo largo de los siglos. La Sabiduría de Dios se manifiesta en el cosmos, en la variedad y belleza de sus elementos, pero *sus obras maestras*, en las que realmente se muestra mucho más su belleza y su grandeza, *son los santos*.

En el pasaje de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos encontramos una imagen semejante: la del *amor de Dios “derramado en los corazones” de los santos*, es decir, de los bautizados, “por medio del Espíritu Santo”, que les ha sido dado (cf. *Rm* 5, 5). Por Cristo pasa el don del Espíritu, “Persona-amor, Persona-don”, como lo definió el siervo de Dios Juan Pablo II (*Dominum et vivificantem*, 10). Por Cristo el Espíritu de Dios llega a nosotros como principio de vida nueva, “santa”. El Espíritu pone el amor de Dios en el corazón de los creyentes, en la forma concreta que tenía en el hombre Jesús de Nazaret. Así se realiza lo que dice san Pablo en la *carta a los Colosenses*: “Cristo entre vosotros, la esperanza de la gloria” (*Col* 1, 27). Las “tribulaciones” no están en contraste con esta esperanza; más aún, contribuyen a realizarla, a través de la “paciencia” y la “virtud probada” (*Rm* 5, 3-4): es el camino de Jesús, el camino de la cruz.

Desde esta misma perspectiva de la Sabiduría de Dios encarnada en Cristo y comunicada por el Espíritu Santo, el Evangelio nos ha sugerido que Dios Padre *sigue manifestando su designio de amor mediante los santos*. También aquí sucede lo que ya hemos notado a propósito de la Sabiduría: el Espíritu de verdad revela el designio de Dios en la multiplicidad de los elementos del cosmos —agradezcamos esta visibilidad de la belleza y de la bondad de Dios en los elementos del cosmos—, y lo hace sobre todo mediante las personas humanas, de modo especial mediante los santos y las santas, en los que se refleja con gran fuerza su luz, su verdad y su amor.

En efecto, “la imagen de Dios invisible” (*Col* 1, 15) es precisamente sólo Jesucristo, “el Santo y el Justo” (*Hch* 3, 14). Él es la Sabiduría encarnada, el *Logos* creador que encuentra su alegría en habitar entre los hijos del hombre, en medio de los cuales ha puesto su morada (cf. *Jn* 1, 14). En él Dios se complació en poner “toda la plenitud” (cf. *Col* 1, 19); o, como dice él mismo en el pasaje evangélico de hoy: “Todo lo que tiene el Padre es mío” (*Jn* 16, 15). Cada santo participa de la riqueza de Cristo tomada del Padre y comunicada en el tiempo oportuno. Es siempre la misma santidad de Jesús, es siempre él, el “Santo”, a quien el Espíritu plasma en las “almas santas”, formando amigos de Jesús y testigos de su santidad. Jesús nos quiere convertir también a nosotros en amigos suyos. Precisamente este día abrimos nuestro corazón para que también en nuestra vida crezca la amistad con Jesús, de forma que podamos testimoniar su santidad, su bondad y su verdad.

(...)

Queridos hermanos y hermanas, demos gracias a Dios por las maravillas que ha realizado en los santos, en los que resplandece su gloria. Dejémonos atraer por sus ejemplos, dejémonos guiar por

sus enseñanzas, para que toda nuestra vida llegue a ser, como la suya, un cántico de alabanza para gloria de la santísima Trinidad. Que nos obtenga esta gracia María, la Reina de los santos, y la intercesión de estos cuatro nuevos “hermanos mayores”, a los que hoy veneramos con alegría. Amén.

Ángelus 2010

La Trinidad divina pone su morada en nosotros el día del Bautismo

Queridos hermanos y hermanas:

Después del tiempo pascual, que concluyó el domingo pasado con Pentecostés, la liturgia ha vuelto al «tiempo ordinario». Pero esto no quiere decir que el compromiso de los cristianos deba disminuir; al contrario, al haber entrado en la vida divina mediante los sacramentos, estamos llamados diariamente a abrirnos a la acción de la gracia divina, para progresar en el amor a Dios y al prójimo. La solemnidad de hoy, domingo de la Santísima Trinidad, en cierto sentido recapitula la revelación de Dios acontecida en los misterios pascuales: muerte y resurrección de Cristo, su ascensión a la derecha del Padre y efusión del Espíritu Santo. La mente y el lenguaje humanos son inadecuados para explicar la relación que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y, sin embargo, los Padres de la Iglesia trataron de ilustrar el misterio de Dios uno y trino viviéndolo en su propia existencia con profunda fe.

La Trinidad divina, en efecto, pone su morada en nosotros el día del Bautismo: «Yo te bautizo —dice el ministro— en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». El nombre de Dios, en el cual fuimos bautizados, lo recordamos cada vez que nos santiguamos. El teólogo Romano Guardini, a propósito del signo de la cruz, afirma: «Lo hacemos antes de la oración, para que... nos ponga espiritualmente en orden; concentre en Dios pensamientos, corazón y voluntad; después de la oración, para que permanezca en nosotros lo que Dios nos ha dado... Esto abraza todo el ser, cuerpo y alma,... y todo se convierte en consagrado en el nombre del Dios uno y trino» (*Lo spirito della liturgia. I santi segni*, Brescia 2000, pp. 125-126).

Por tanto, en el signo de la cruz y en el nombre del Dios vivo está contenido el anuncio que genera la fe e inspira la oración. Y, al igual que en el Evangelio Jesús promete a los Apóstoles que «cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa» (*Jn* 16, 13), así sucede en la liturgia dominical, cuando los sacerdotes dispensan, cada semana, el pan de la Palabra y de la Eucaristía. También el santo cura de Ars lo recordaba a sus fieles: «¿Quién ha recibido vuestra alma —decía— recién nacidos? El sacerdote. ¿Quién la alimenta para que pueda terminar su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la preparará para comparecer ante Dios, lavándola por última vez en la sangre de Jesucristo? ... Siempre el sacerdote» (*Carta de convocatoria del Año sacerdotal*).

Queridos amigos, hagamos nuestra la oración de san Hilario de Poitiers: «Mantén incontaminada esta fe recta que hay en mí y, hasta mi último aliento, dame también esta voz de mi conciencia, a fin de que me mantenga siempre fiel a lo que profesé en mi regeneración, cuando fui bautizado en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo» (*De Trinitate*, XII, 57: CCL 62/a, 627). Invocando a la Virgen María, primera criatura plenamente habitada por la Santísima Trinidad, pidamos su protección para proseguir bien nuestra peregrinación terrena.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El misterio de la Trinidad

202 Jesús mismo confirma que Dios es “el único Señor” y que es preciso amarle con todo el corazón, con toda el alma, con todo el espíritu y todas las fuerzas (cf. *Mc* 12,29-30). Deja al mismo tiempo entender que Él mismo es “el Señor” (cf. *Mc* 12,35-37). Confesar que “Jesús es Señor” es lo propio de la fe cristiana. Esto no es contrario a la fe en el Dios Único. Creer en el Espíritu Santo, “que es Señor y dador de vida”, no introduce ninguna división en el Dios único:

«Creemos firmemente y confesamos que hay un solo verdadero Dios, inmenso e inmutable, incomprendible, todopoderoso e inefable, Padre, Hijo y Espíritu Santo: Tres Personas, pero una sola esencia, substancia o naturaleza absolutamente simple (Concilio de Letrán IV: DS 800).

232 Los cristianos son bautizados “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (*Mt* 28,19). Antes responden “Creo” a la triple pregunta que les pide confesar su fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu: *Fides omnium christianorum in Trinitate consistit* (“La fe de todos los cristianos se cimienta en la Santísima Trinidad”) (San Cesáreo de Arlés, *Expositio symboli* [sermo 9]: CCL 103, 48).

233 Los cristianos son bautizados en “el nombre” del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y no en “los nombres” de éstos (cf. Virgilio, *Professio fidei* (552): DS 415), pues no hay más que un solo Dios, el Padre todopoderoso y su Hijo único y el Espíritu Santo: la Santísima Trinidad.

234 El misterio de la Santísima Trinidad es el misterio central de la fe y de la vida cristiana. Es el misterio de Dios en sí mismo. Es, pues, la fuente de todos los otros misterios de la fe; es la luz que los ilumina. Es la enseñanza más fundamental y esencial en la “jerarquía de las verdades de fe” (DCG 43). “Toda la historia de la salvación no es otra cosa que la historia del camino y los medios por los cuales el Dios verdadero y único, Padre, Hijo y Espíritu Santo, se revela a los hombres, los aparta del pecado y los reconcilia y une consigo” (DCG 47).

235 En este párrafo, se expondrá brevemente de qué manera es revelado el misterio de la Bienaventurada Trinidad (I), cómo la Iglesia ha formulado la doctrina de la fe sobre este misterio (II), y finalmente cómo, por las misiones divinas del Hijo y del Espíritu Santo, Dios Padre realiza su “diseño amoroso” de creación, de redención, y de santificación (III).

236 Los Padres de la Iglesia distinguen entre la *Theologia* y la *Oikonomia*, designando con el primer término el misterio de la vida íntima del Dios-Trinidad, con el segundo todas las obras de Dios por las que se revela y comunica su vida. Por la *Oikonomia* nos es revelada la *Theologia*; pero inversamente, es la *Theologia*, la que esclarece toda la *Oikonomia*. Las obras de Dios revelan quién es en sí mismo; e inversamente, el misterio de su Ser íntimo ilumina la inteligencia de todas sus obras. Así sucede, analógicamente, entre las personas humanas. La persona se muestra en su obrar y a medida que conocemos mejor a una persona, mejor comprendemos su obrar.

237 La Trinidad es un misterio de fe en sentido estricto, uno de los misterios escondidos en Dios, “que no pueden ser conocidos si no son revelados desde lo alto” (Concilio Vaticano I: DS 3015). Dios, ciertamente, ha dejado huellas de su ser trinitario en su obra de Creación y en su Revelación a lo largo del Antiguo Testamento. Pero la intimidad de su Ser como Trinidad Santa constituye un

misterio inaccesible a la sola razón e incluso a la fe de Israel antes de la Encarnación del Hijo de Dios y el envío del Espíritu Santo.

II La revelación de Dios como Trinidad

El Padre revelado por el Hijo

238 La invocación de Dios como “Padre” es conocida en muchas religiones. La divinidad es con frecuencia considerada como “padre de los dioses y de los hombres”. En Israel, Dios es llamado Padre en cuanto Creador del mundo (Cf. *Dt* 32,6; *Ml* 2,10). Pues aún más, es Padre en razón de la Alianza y del don de la Ley a Israel, su “primogénito” (*Ex* 4,22). Es llamado también Padre del rey de Israel (cf. *2 S* 7,14). Es muy especialmente “el Padre de los pobres”, del huérfano y de la viuda, que están bajo su protección amorosa (cf. *Sal* 68,6).

239 Al designar a Dios con el nombre de “Padre”, el lenguaje de la fe indica principalmente dos aspectos: que Dios es origen primero de todo y autoridad transcendente y que es al mismo tiempo bondad y solicitud amorosa para todos sus hijos. Esta ternura paternal de Dios puede ser expresada también mediante la imagen de la maternidad (cf. *Is* 66,13; *Sal* 131,2) que indica más expresivamente la inmanencia de Dios, la intimidad entre Dios y su criatura. El lenguaje de la fe se sirve así de la experiencia humana de los padres que son en cierta manera los primeros representantes de Dios para el hombre. Pero esta experiencia dice también que los padres humanos son falibles y que pueden desfigurar la imagen de la paternidad y de la maternidad. Conviene recordar, entonces, que Dios trasciende la distinción humana de los sexos. No es hombre ni mujer, es Dios. Trasciende también la paternidad y la maternidad humanas (cf. *Sal* 27,10), aunque sea su origen y medida (cf. *Ef* 3,14; *Is* 49,15): Nadie es padre como lo es Dios.

240 Jesús ha revelado que Dios es “Padre” en un sentido nuevo: no lo es sólo en cuanto Creador; Él es eternamente Padre en relación a su Hijo único, que recíprocamente sólo es Hijo en relación a su Padre: “Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (*Mt* 11,27).

241 Por eso los Apóstoles confiesan a Jesús como “el Verbo que en el principio estaba junto a Dios y que era Dios” (*Jn* 1,1), como “la imagen del Dios invisible” (*Col* 1,15), como “el resplandor de su gloria y la impronta de su esencia” (*Hb* 1,3).

242 Después de ellos, siguiendo la tradición apostólica, la Iglesia confesó en el año 325 en el primer Concilio Ecuménico de Nicea que el Hijo es “consubstancial” al Padre (*Símbolo Niceno*: DS 125), es decir, un solo Dios con él. El segundo Concilio Ecuménico, reunido en Constantinopla en el año 381, conservó esta expresión en su formulación del Credo de Nicea y confesó “al Hijo Único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado no creado, substancial al Padre” (*Símbolo Niceno-Constantinopolitano*: DS 150).

El Padre y el Hijo revelados por el Espíritu

243 Antes de su Pascua, Jesús anuncia el envío de “otro Paráclito” (Defensor), el Espíritu Santo. Este, que actuó ya en la Creación (cf. *Gn* 1,2) y “por los profetas” (*Símbolo Niceno-Constantinopolitano*: DS 150), estará ahora junto a los discípulos y en ellos (cf. *Jn* 14,17), para enseñarles (cf. *Jn* 14,16) y conducirlos “hasta la verdad completa” (*Jn* 16,13). El Espíritu Santo es revelado así como otra persona divina con relación a Jesús y al Padre.

244 El origen eterno del Espíritu se revela en su misión temporal. El Espíritu Santo es enviado a los Apóstoles y a la Iglesia tanto por el Padre en nombre del Hijo, como por el Hijo en persona, una vez

que vuelve junto al Padre (cf. *Jn* 14,26; 15,26; 16,14). El envío de la persona del Espíritu tras la glorificación de Jesús (cf. *Jn* 7,39), revela en plenitud el misterio de la Santa Trinidad.

245 La fe apostólica relativa al Espíritu fue proclamada por el segundo Concilio Ecuménico en el año 381 en Constantinopla: “Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre” (DS 150). La Iglesia reconoce así al Padre como “la fuente y el origen de toda la divinidad” (Concilio de Toledo VI, año 638: DS 490). Sin embargo, el origen eterno del Espíritu Santo está en conexión con el del Hijo: “El Espíritu Santo, que es la tercera persona de la Trinidad, es Dios, uno e igual al Padre y al Hijo, de la misma sustancia y también de la misma naturaleza [...] por eso, no se dice que es sólo el Espíritu del Padre, sino a la vez el espíritu del Padre y del Hijo” (Concilio de Toledo XI, año 675: DS 527). El Credo del Concilio de Constantinopla (año 381) confiesa: “Con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria” (DS 150).

246 La tradición latina del Credo confiesa que el Espíritu “procede del Padre y del Hijo (*Filioque*)”. El Concilio de Florencia, en el año 1438, explicita: “El Espíritu Santo [...] tiene su esencia y su ser a la vez del Padre y del Hijo y procede eternamente tanto del Uno como del Otro como de un solo Principio y por una sola espiración [...]. Y porque todo lo que pertenece al Padre, el Padre lo dio a su Hijo único al engendrarlo a excepción de su ser de Padre, esta procesión misma del Espíritu Santo a partir del Hijo, éste la tiene eternamente de su Padre que lo engendró eternamente” (DS 1300-1301).

247 La afirmación del *Filioque* no figuraba en el símbolo confesado el año 381 en Constantinopla. Pero sobre la base de una antigua tradición latina y alejandrina, el Papa san León la había ya confesado dogmáticamente el año 447 (cf. *Quam laudabilitier*: DS 284) antes incluso que Roma conociese y recibiese el año 451, en el concilio de Calcedonia, el símbolo del 381. El uso de esta fórmula en el Credo fue poco a poco admitido en la liturgia latina (entre los siglos VIII y XI). La introducción del *Filioque* en el Símbolo Niceno-Constantinopolitano por la liturgia latina constituye, todavía hoy, un motivo de no convergencia con las Iglesias ortodoxas.

248 La tradición oriental expresa en primer lugar el carácter de origen primero del Padre por relación al Espíritu Santo. Al confesar al Espíritu como “salido del Padre” (*Jn* 15,26), esa tradición afirma que éste procede del Padre por el Hijo (cf. AG 2). La tradición occidental expresa en primer lugar la comunión consubstancial entre el Padre y el Hijo diciendo que el Espíritu procede del Padre y del Hijo (*Filioque*). Lo dice “de manera legítima y razonable” (Concilio de Florencia, 1439: DS 1302), porque el orden eterno de las personas divinas en su comunión consubstancial implica que el Padre sea el origen primero del Espíritu en tanto que “principio sin principio” (Concilio de Florencia 1442: DS 1331), pero también que, en cuanto Padre del Hijo Único, sea con él “el único principio de que procede el Espíritu Santo” (Concilio de Lyon II, año 1274: DS 850). Esta legítima complementariedad, si no se desorbita, no afecta a la identidad de la fe en la realidad del mismo misterio confesado.

III La Santísima Trinidad en la doctrina de la fe

La formación del dogma trinitario

249 La verdad revelada de la Santísima Trinidad ha estado desde los orígenes en la raíz de la fe viva de la Iglesia, principalmente en el acto del Bautismo. Encuentra su expresión en la regla de la fe bautismal, formulada en la predicación, la catequesis y la oración de la Iglesia. Estas formulaciones se encuentran ya en los escritos apostólicos, como este saludo recogido en la liturgia eucarística: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros” (2 *Co* 13,13; cf. *1 Co* 12,4-6; *Ef* 4,4-6).

250 Durante los primeros siglos, la Iglesia formula más explícitamente su fe trinitaria tanto para profundizar su propia inteligencia de la fe como para defenderla contra los errores que la deformaban. Esta fue la obra de los Concilios antiguos, ayudados por el trabajo teológico de los Padres de la Iglesia y sostenidos por el sentido de la fe del pueblo cristiano.

251 Para la formulación del dogma de la Trinidad, la Iglesia debió crear una terminología propia con ayuda de nociones de origen filosófico: “substancia”, “persona” o “hipóstasis”, “relación”, etc. Al hacer esto, no sometía la fe a una sabiduría humana, sino que daba un sentido nuevo, sorprendente, a estos términos destinados también a significar en adelante un Misterio inefable, “infinitamente más allá de todo lo que podemos concebir según la medida humana” (Pablo VI, *Credo del Pueblo de Dios*, 2).

252 La Iglesia utiliza el término “substancia” (traducido a veces también por “esencia” o por “naturaleza”) para designar el ser divino en su unidad; el término “persona” o “hipóstasis” para designar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en su distinción real entre sí; el término “relación” para designar el hecho de que su distinción reside en la referencia de cada uno a los otros.

El dogma de la Santísima Trinidad

253 *La Trinidad es una.* No confesamos tres dioses sino un solo Dios en tres personas: “la Trinidad consubstancial” (Concilio de Constantinopla II, año 553: DS 421). Las personas divinas no se reparten la única divinidad, sino que cada una de ellas es enteramente Dios: “El Padre es lo mismo que es el Hijo, el Hijo lo mismo que es el Padre, el Padre y el Hijo lo mismo que el Espíritu Santo, es decir, un solo Dios por naturaleza” (Concilio de Toledo XI, año 675: DS 530). “Cada una de las tres personas es esta realidad, es decir, la substancia, la esencia o la naturaleza divina” (Concilio de Letrán IV, año 1215: DS 804).

254 *Las Personas divinas son realmente distintas entre sí.* “Dios es único pero no solitario” (*Fides Damasi*: DS 71). “Padre”, “Hijo”, “Espíritu Santo” no son simplemente nombres que designan modalidades del ser divino, pues son realmente distintos entre sí: “El que es el Hijo no es el Padre, y el que es el Padre no es el Hijo, ni el Espíritu Santo el que es el Padre o el Hijo” (Concilio de Toledo XI, año 675: DS 530). Son distintos entre sí por sus relaciones de origen: “El Padre es quien engendra, el Hijo quien es engendrado, y el Espíritu Santo es quien procede” (Concilio de Letrán IV, año 1215: DS 804). *La Unidad divina es Trina.*

255 *Las Personas divinas son relativas unas a otras.* La distinción real de las Personas entre sí, porque no divide la unidad divina, reside únicamente en las relaciones que las refieren unas a otras: “En los nombres relativos de las personas, el Padre es referido al Hijo, el Hijo lo es al Padre, el Espíritu Santo lo es a los dos; sin embargo, cuando se habla de estas tres Personas considerando las relaciones se cree en una sola naturaleza o substancia” (Concilio de Toledo XI, año 675: DS 528). En efecto, “en Dios todo es uno, excepto lo que comporta relaciones opuestas” (Concilio de Florencia, año 1442: DS 1330). “A causa de esta unidad, el Padre está todo en el Hijo, todo en el Espíritu Santo; el Hijo está todo en el Padre, todo en el Espíritu Santo; el Espíritu Santo está todo en el Padre, todo en el Hijo” (Concilio de Florencia, año 1442: DS 1331).

256 A los catecúmenos de Constantinopla, san Gregorio Nacianceno, llamado también “el Teólogo”, confía este resumen de la fe trinitaria:

«Ante todo, guardadme este buen depósito, por el cual vivo y combato, con el cual quiero morir, que me hace soportar todos los males y despreciar todos los placeres: quiero decir la profesión de fe en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Os la confío hoy. Por ella os introduciré dentro de poco en el agua y os sacaré de ella. Os la doy como compañera y patrona de toda vuestra vida. Os doy una

sola Divinidad y Poder, que existe Una en los Tres, y contiene los Tres de una manera distinta. Divinidad sin distinción de substancia o de naturaleza, sin grado superior que eleve o grado inferior que abaje [...] Es la infinita coaturalidad de tres infinitos. Cada uno, considerado en sí mismo, es Dios todo entero [...] Dios los Tres considerados en conjunto [...] No he comenzado a pensar en la Unidad cuando ya la Trinidad me baña con su esplendor. No he comenzado a pensar en la Trinidad cuando ya la unidad me posee de nuevo... (Oraciones, 40,41: PG 36,417).

IV Las obras divinas y las misiones trinitarias

257 *O lux beata Trinitas et principalis Unitas!* (“¡Oh Trinidad, luz bienaventurada y unidad esencial!”) (LH, himno de vísperas “O lux beata Trinitas”). Dios es eterna beatitud, vida inmortal, luz sin ocaso. Dios es amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios quiere comunicar libremente la gloria de su vida bienaventurada. Tal es el “designio benevolente” (Ef 1,9) que concibió antes de la creación del mundo en su Hijo amado, “predestinándonos a la adopción filial en Él” (Ef 1,4-5), es decir, “a reproducir la imagen de su Hijo” (Rm 8,29) gracias al “Espíritu de adopción filial” (Rm 8,15). Este designio es una “gracia dada antes de todos los siglos” (2 Tm 1,9-10), nacido inmediatamente del amor trinitario. Se despliega en la obra de la creación, en toda la historia de la salvación después de la caída, en las misiones del Hijo y del Espíritu, cuya prolongación es la misión de la Iglesia (cf. AG 2-9).

258 Toda la economía divina es la obra común de las tres Personas divinas. Porque la Trinidad, del mismo modo que tiene una sola y misma naturaleza, así también tiene una sola y misma operación (cf. Concilio de Constantinopla II, año 553: DS 421). “El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son tres principios de las criaturas, sino un solo principio” (Concilio de Florencia, año 1442: DS 1331). Sin embargo, cada Persona divina realiza la obra común según su propiedad personal. Así la Iglesia confiesa, siguiendo al Nuevo Testamento (cf. 1 Co 8,6): “Uno es Dios [...] y Padre de quien proceden todas las cosas, Uno el Señor Jesucristo por el cual son todas las cosas, y Uno el Espíritu Santo en quien son todas las cosas (Concilio de Constantinopla II: DS 421). Son, sobre todo, las misiones divinas de la Encarnación del Hijo y del don del Espíritu Santo las que manifiestan las propiedades de las personas divinas.

259 Toda la economía divina, obra a la vez común y personal, da a conocer la propiedad de las Personas divinas y su naturaleza única. Así, toda la vida cristiana es comunión con cada una de las personas divinas, sin separarlas de ningún modo. El que da gloria al Padre lo hace por el Hijo en el Espíritu Santo; el que sigue a Cristo, lo hace porque el Padre lo atrae (cf. Jn 6,44) y el Espíritu lo mueve (cf. Rm 8,14).

260 El fin último de toda la economía divina es la entrada de las criaturas en la unidad perfecta de la Bienaventurada Trinidad (cf. Jn 17,21-23). Pero desde ahora somos llamados a ser habitados por la Santísima Trinidad: “Si alguno me ama —dice el Señor— guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn 14,23).

«Dios mío, Trinidad que adoro, ayúdame a olvidarme enteramente de mí mismo para establecerme en ti, inmóvil y apacible como si mi alma estuviera ya en la eternidad; que nada pueda turbar mi paz, ni hacerme salir de ti, mi inmutable, sino que cada minuto me lleve más lejos en la profundidad de tu Misterio. Pacífica mi alma. Haz de ella tu cielo, tu morada amada y el lugar de tu reposo. Que yo no te deje jamás solo en ella, sino que yo esté allí enteramente, totalmente despierta en mi fe, en adoración, entregada sin reservas a tu acción creadora» (Beata Isabel de la Trinidad, Oración)

684 El Espíritu Santo con su gracia es el “primero” que nos despierta en la fe y nos inicia en la vida nueva que es: “que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo” (Jn 17, 3).

No obstante, es el “último” en la revelación de las personas de la Santísima Trinidad. San Gregorio Nacianceno, “el Teólogo”, explica esta progresión por medio de la pedagogía de la “condescendencia” divina:

«El Antiguo Testamento proclamaba muy claramente al Padre, y más obscuramente al Hijo. El Nuevo Testamento revela al Hijo y hace entrever la divinidad del Espíritu. Ahora el Espíritu tiene derecho de ciudadanía entre nosotros y nos da una visión más clara de sí mismo. En efecto, no era prudente, cuando todavía no se confesaba la divinidad del Padre, proclamar abiertamente la del Hijo y, cuando la divinidad del Hijo no era aún admitida, añadir el Espíritu Santo como un fardo suplementario si empleamos una expresión un poco atrevida ... Así por avances y progresos “de gloria en gloria”, es como la luz de la Trinidad estalla en resplandores cada vez más espléndidos» (San Gregorio Nacianceno, Oratio 31 [Theologica 5], 26: SC 250, 326 [PG 36, 161-164]).

732 En este día se revela plenamente la Santísima Trinidad. Desde ese día el Reino anunciado por Cristo está abierto a todos los que creen en Él: en la humildad de la carne y en la fe, participan ya en la comunión de la Santísima Trinidad. Con su venida, que no cesa, el Espíritu Santo hace entrar al mundo en los “últimos tiempos”, el tiempo de la Iglesia, el Reino ya heredado, pero todavía no consumado:

«Hemos visto la verdadera Luz, hemos recibido el Espíritu celestial, hemos encontrado la verdadera fe: adoramos la Trinidad indivisible porque ella nos ha salvado» (Oficio Bizantino de las Horas. Oficio Vespertino del día de Pentecostés, Tropario 4)

En la Iglesia y en su Liturgia

249 La verdad revelada de la Santísima Trinidad ha estado desde los orígenes en la raíz de la fe viva de la Iglesia, principalmente en el acto del Bautismo. Encuentra su expresión en la regla de la fe bautismal, formulada en la predicación, la catequesis y la oración de la Iglesia. Estas formulaciones se encuentran ya en los escritos apostólicos, como este saludo recogido en la liturgia eucarística: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros” (2 Co 13,13; cf. 1 Co 12,4-6; Ef 4,4-6).

813 *La Iglesia es una debido a su origen:* “El modelo y principio supremo de este misterio es la unidad de un solo Dios Padre e Hijo en el Espíritu Santo, en la Trinidad de personas” (UR2). *La Iglesia es una debido a su Fundador:* “Pues el mismo Hijo encarnado [...] por su cruz reconcilió a todos los hombres con Dios [...] restituyendo la unidad de todos en un solo pueblo y en un solo cuerpo” (GS 78, 3). *La Iglesia es una debido a su “alma”:* “El Espíritu Santo que habita en los creyentes y llena y gobierna a toda la Iglesia, realiza esa admirable comunión de fieles y une a todos en Cristo tan íntimamente que es el Principio de la unidad de la Iglesia” (UR 2). Por tanto, pertenece a la esencia misma de la Iglesia ser una:

«¡Qué sorprendente misterio! Hay un solo Padre del universo, un solo Logos del universo y también un solo Espíritu Santo, idéntico en todas partes; hay también una sola virgen hecha madre, y me gusta llamarla Iglesia» (Clemente de Alejandría, Paedagogus 1, 6, 42).

950 *La comunión de los sacramentos.* “El fruto de todos los Sacramentos pertenece a todos. Porque los Sacramentos, y sobre todo el Bautismo que es como la puerta por la que los hombres entran en la Iglesia, son otros tantos vínculos sagrados que unen a todos y los ligan a Jesucristo. Los Padres indican en el Símbolo que debe entenderse que la comunión de los santos es la comunión de los sacramentos [...]. El nombre de comunión puede aplicarse a todos los sacramentos puesto que todos ellos nos unen a Dios [...]. Pero este nombre es más propio de la Eucaristía que de cualquier otro, porque ella es la que lleva esta comunión a su culminación” (Catecismo Romano, 1, 10, 24).

1077 “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en él antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado” (*Ef* 1,3-6).

1078 Bendecir es una acción divina que da la vida y cuya fuente es el Padre. Su bendición es a la vez palabra y don (“*bene-dictio*”, “*eu-logia*”). Aplicado al hombre, este término significa la adoración y la entrega a su Creador en la acción de gracias.

1079 Desde el comienzo y hasta la consumación de los tiempos, toda la obra de Dios es *bendición*. Desde el poema litúrgico de la primera creación hasta los cánticos de la Jerusalén celestial, los autores inspirados anuncian el designio de salvación como una inmensa bendición divina.

1080 Desde el comienzo, Dios bendice a los seres vivos, especialmente al hombre y la mujer. La alianza con Noé y con todos los seres animados renueva esta bendición de fecundidad, a pesar del pecado del hombre por el cual la tierra queda “maldita”. Pero es a partir de Abraham cuando la bendición divina penetra en la historia humana, que se encaminaba hacia la muerte, para hacerla volver a la vida, a su fuente: por la fe del “padre de los creyentes” que acoge la bendición se inaugura la historia de la salvación.

1081 Las bendiciones divinas se manifiestan en acontecimientos maravillosos y salvadores: el nacimiento de Isaac, la salida de Egipto (Pascua y Éxodo), el don de la Tierra prometida, la elección de David, la presencia de Dios en el templo, el exilio purificador y el retorno de un “pequeño resto”. La Ley, los Profetas y los Salmos que tejen la liturgia del Pueblo elegido recuerdan a la vez estas bendiciones divinas y responden a ellas con las bendiciones de alabanza y de acción de gracias.

1082 En la liturgia de la Iglesia, la bendición divina es plenamente revelada y comunicada: el Padre es reconocido y adorado como la fuente y el fin de todas las bendiciones de la creación y de la salvación; en su Verbo, encarnado, muerto y resucitado por nosotros, nos colma de sus bendiciones y por él derrama en nuestros corazones el don que contiene todos los dones: el Espíritu Santo.

1083 Se comprende, por tanto, que en cuanto respuesta de fe y de amor a las “bendiciones espirituales” con que el Padre nos enriquece, la liturgia cristiana tiene una doble dimensión. Por una parte, la Iglesia, unida a su Señor y “bajo la acción el Espíritu Santo” (*Lc* 10,21), bendice al Padre “por su don inefable” (*2 Co* 9,15) mediante la adoración, la alabanza y la acción de gracias. Por otra parte, y hasta la consumación del designio de Dios, la Iglesia no cesa de presentar al Padre “la ofrenda de sus propios dones” y de implorar que el Espíritu Santo venga sobre esta ofrenda, sobre ella misma, sobre los fieles y sobre el mundo entero, a fin de que por la comunión en la muerte y en la resurrección de Cristo-Sacerdote y por el poder del Espíritu estas bendiciones divinas den frutos de vida “para alabanza de la gloria de su gracia” (*Ef* 1,6).

II. La obra de Cristo en la liturgia

Cristo glorificado...

1084 “Sentado a la derecha del Padre” y derramando el Espíritu Santo sobre su Cuerpo que es la Iglesia, Cristo actúa ahora por medio de los sacramentos, instituidos por Él para comunicar su gracia. Los sacramentos son signos sensibles (palabras y acciones), accesibles a nuestra humanidad actual. Realizan eficazmente la gracia que significan en virtud de la acción de Cristo y por el poder del Espíritu Santo.

1085 En la liturgia de la Iglesia, Cristo significa y realiza principalmente su misterio pascual. Durante su vida terrestre Jesús anunciaba con su enseñanza y anticipaba con sus actos el misterio pascual. Cuando llegó su hora (cf *Jn* 13,1; 17,1), vivió el único acontecimiento de la historia que no pasa: Jesús muere, es sepultado, resucita de entre los muertos y se sienta a la derecha del Padre “una vez por todas” (*Rm* 6,10; *Hb* 7,27; 9,12). Es un acontecimiento real, sucedido en nuestra historia, pero absolutamente singular: todos los demás acontecimientos suceden una vez, y luego pasan y son absorbidos por el pasado. El misterio pascual de Cristo, por el contrario, no puede permanecer solamente en el pasado, pues por su muerte destruyó a la muerte, y todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos y en ellos se mantiene permanentemente presente. El acontecimiento de la Cruz y de la Resurrección *permanece* y atrae todo hacia la Vida.

...desde la Iglesia de los Apóstoles...

1086 “Por esta razón, como Cristo fue enviado por el Padre, Él mismo envió también a los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, no sólo para que, al predicar el Evangelio a toda criatura, anunciaran que el Hijo de Dios, con su muerte y resurrección, nos ha liberado del poder de Satanás y de la muerte y nos ha conducido al reino del Padre, sino también para que realizaran la obra de salvación que anunciaban mediante el sacrificio y los sacramentos en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica” (SC 6).

1087 Así, Cristo resucitado, dando el Espíritu Santo a los Apóstoles, les confía su poder de santificación (cf *Jn* 20,21- 23); se convierten en signos sacramentales de Cristo. Por el poder del mismo Espíritu Santo confían este poder a sus sucesores. Esta “sucesión apostólica” estructura toda la vida litúrgica de la Iglesia. Ella misma es sacramental, transmitida por el sacramento del Orden.

...está presente en la liturgia terrena...

1088 “Para llevar a cabo una obra tan grande” —la dispensación o comunicación de su obra de salvación— «Cristo está siempre presente en su Iglesia, principalmente en los actos litúrgicos. Está presente en el sacrificio de la misa, no sólo en la persona del ministro, “ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz”, sino también, sobre todo, bajo las especies eucarísticas. Está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su Palabra, pues es Él mismo el que habla cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura. Está presente, finalmente, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (*Mt* 18,20)» (SC 7).

1089 “Realmente, en una obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a la Iglesia, su esposa amadísima, que invoca a su Señor y por Él rinde culto al Padre Eterno” (SC 7).

...la cual participa en la liturgia celestial

1090 “En la liturgia terrena pregustamos y participamos en aquella liturgia celestial que se celebra en la ciudad santa, Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, donde Cristo está sentado a la derecha del Padre, como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero; cantamos un himno de gloria al Señor con todo el ejército celestial; venerando la memoria de los santos, esperamos participar con ellos y acompañarlos; aguardamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste Él, nuestra vida, y nosotros nos manifestemos con Él en la gloria” (SC 8; cf. LG 50).

III. El Espíritu Santo y la Iglesia en la liturgia

1091 En la liturgia, el Espíritu Santo es el pedagogo de la fe del Pueblo de Dios, el artífice de las “obras maestras de Dios” que son los sacramentos de la Nueva Alianza. El deseo y la obra del Espíritu en el corazón de la Iglesia es que vivamos de la vida de Cristo resucitado. Cuando encuentra en nosotros la respuesta de fe que él ha suscitado, entonces se realiza una verdadera cooperación. Por ella, la liturgia viene a ser la obra común del Espíritu Santo y de la Iglesia.

1092 En esta dispensación sacramental del misterio de Cristo, el Espíritu Santo actúa de la misma manera que en los otros tiempos de la economía de la salvación: prepara la Iglesia para el encuentro con su Señor, recuerda y manifiesta a Cristo a la fe de la asamblea; hace presente y actualiza el misterio de Cristo por su poder transformador; finalmente, el Espíritu de comunión une la Iglesia a la vida y a la misión de Cristo.

El Espíritu Santo prepara a recibir a Cristo

1093 El Espíritu Santo realiza en la economía sacramental las figuras de la *Antigua Alianza*. Puesto que la Iglesia de Cristo estaba “preparada maravillosamente en la historia del pueblo de Israel y en la Antigua Alianza” (LG 2), la liturgia de la Iglesia conserva como una parte integrante e irremplazable, haciéndolos suyos, algunos elementos del culto de la Antigua Alianza:

– principalmente la lectura del Antiguo Testamento;

– la oración de los Salmos;

– y sobre todo la memoria de los acontecimientos salvíficos y de las realidades significativas que encontraron su cumplimiento en el misterio de Cristo (la Promesa y la Alianza; el Éxodo y la Pascua; el Reino y el Templo; el Exilio y el Retorno).

1094 Sobre esta armonía de los dos Testamentos (cf DV 14-16) se articula la catequesis pascual del Señor (cf *Lc* 24,13- 49), y luego la de los Apóstoles y de los Padres de la Iglesia. Esta catequesis pone de manifiesto lo que permanecía oculto bajo la letra del Antiguo Testamento: el misterio de Cristo. Es llamada catequesis “tipológica”, porque revela la novedad de Cristo a partir de “figuras” (tipos) que lo anunciaban en los hechos, las palabras y los símbolos de la primera Alianza. Por esta relectura en el Espíritu de Verdad a partir de Cristo, las figuras son explicadas (cf *2 Co* 3, 14-16). Así, el diluvio y el arca de Noé prefiguraban la salvación por el Bautismo (cf *1 P* 3, 21), y lo mismo la nube, y el paso del mar Rojo; el agua de la roca era la figura de los dones espirituales de Cristo (cf *1 Co* 10,1-6); el maná del desierto prefiguraba la Eucaristía “el verdadero Pan del Cielo” (*Jn* 6,32).

1095 Por eso la Iglesia, especialmente durante los tiempos de Adviento, Cuaresma y sobre todo en la noche de Pascua, relee y revive todos estos acontecimientos de la historia de la salvación en el “hoy” de su Liturgia. Pero esto exige también que la catequesis ayude a los fieles a abrirse a esta inteligencia “espiritual” de la economía de la salvación, tal como la liturgia de la Iglesia la manifiesta y nos la hace vivir.

1096 *Liturgia judía y liturgia cristiana.* Un mejor conocimiento de la fe y la vida religiosa del pueblo judío tal como son profesadas y vividas aún hoy, puede ayudar a comprender mejor ciertos aspectos de la liturgia cristiana. Para los judíos y para los cristianos la Sagrada Escritura es una parte esencial de sus respectivas liturgias: para la proclamación de la Palabra de Dios, la respuesta a esta Palabra, la adoración de alabanza y de intercesión por los vivos y los difuntos, el recurso a la misericordia divina. La liturgia de la Palabra, en su estructura propia, tiene su origen en la oración judía. La oración de las Horas, y otros textos y formularios litúrgicos tienen sus paralelos también en ella, igual que las mismas fórmulas de nuestras oraciones más venerables, por ejemplo, el Padre Nuestro. Las plegarias eucarísticas se inspiran también en modelos de la tradición judía. La relación entre

liturgia judía y liturgia cristiana, pero también la diferencia de sus contenidos, son particularmente visibles en las grandes fiestas del año litúrgico como la Pascua. Los cristianos y los judíos celebran la Pascua: Pascua de la historia, orientada hacia el porvenir en los judíos; Pascua realizada en la muerte y la resurrección de Cristo en los cristianos, aunque siempre en espera de la consumación definitiva.

1097 En la *liturgia de la Nueva Alianza*, toda acción litúrgica, especialmente la celebración de la Eucaristía y de los sacramentos es un encuentro entre Cristo y la Iglesia. La asamblea litúrgica recibe su unidad de la “comuni3n del Esp3ritu Santo” que reúne a los hijos de Dios en el 3nico Cuerpo de Cristo. Esta reuni3n desborda las afinidades humanas, raciales, culturales y sociales.

1098 La asamblea debe *prepararse* para encontrar a su Se3or, debe ser “un pueblo bien dispuesto” (cf. *Lc* 1, 17). Esta preparaci3n de los corazones es la obra com3n del Esp3ritu Santo y de la asamblea, en particular de sus ministros. La gracia del Esp3ritu Santo tiende a suscitar la fe, la conversi3n del coraz3n y la adhesi3n a la voluntad del Padre. Estas disposiciones preceden a la acogida de las otras gracias ofrecidas en la celebraci3n misma y a los frutos de vida nueva que est3 llamada a producir.

El Esp3ritu Santo recuerda el misterio de Cristo

1099 El Esp3ritu y la Iglesia cooperan en la manifestaci3n de Cristo y de su obra de salvaci3n en la liturgia. Principalmente en la Eucaristía, y an3logamente en los otros sacramentos, la liturgia es *Memorial* del Misterio de la salvaci3n. El Esp3ritu Santo es la memoria viva de la Iglesia (cf. *Jn* 14,26).

1100 La *Palabra de Dios*. El Esp3ritu Santo recuerda primeramente a la asamblea litúrgica el sentido del acontecimiento de la salvaci3n dando vida a la Palabra de Dios que es anunciada para ser recibida y vivida:

«La importancia de la Sagrada Escritura en la celebraci3n de la liturgia es m3xima. En efecto, de ella se toman las lecturas que luego se explican en la homilía, y los salmos que se cantan; las preces, oraciones e himnos litúrgicos est3n impregnados de su aliento y su inspiraci3n; de ella reciben su significado las acciones y los signos» (SC24).

1101 El Esp3ritu Santo es quien da a los lectores y a los oyentes, seg3n las disposiciones de sus corazones, la inteligencia espiritual de la Palabra de Dios. A trav3s de las palabras, las acciones y los s3mbolos que constituyen la trama de una celebraci3n, el Esp3ritu Santo pone a los fieles y a los ministros en relaci3n viva con Cristo, Palabra e Imagen del Padre, a fin de que puedan hacer pasar a su vida el sentido de lo que oyen, contemplan y realizan en la celebraci3n.

1102 “La fe se suscita en el coraz3n de los no creyentes y se alimenta en el coraz3n de los creyentes con la palabra [...] de la salvaci3n. Con la fe empieza y se desarrolla la comuni3n de los creyentes” (PO 4). El anuncio de la Palabra de Dios no se reduce a una ense3anza: exige la *respuesta de fe*, como consentimiento y compromiso, con miras a la Alianza entre Dios y su pueblo. Es tambi3n el Esp3ritu Santo quien da la gracia de la fe, la fortalece y la hace crecer en la comuni3n. La asamblea litúrgica es ante todo comuni3n en la fe.

1103 *La An3mnesis*. La celebraci3n litúrgica se refiere siempre a las intervenciones salvíficas de Dios en la historia. “El plan de la revelaci3n se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas; [...] las palabras proclaman las obras y explican su misterio” (DV2). En la liturgia de la Palabra, el Esp3ritu Santo “recuerda” a la asamblea todo lo que Cristo ha hecho por nosotros. Seg3n la naturaleza de las acciones litúrgicas y las tradiciones rituales de las Iglesias, la celebraci3n “hace memoria” de las maravillas de Dios en una An3mnesis m3s o menos desarrollada. El Esp3ritu Santo,

que despierta así la memoria de la Iglesia, suscita entonces la acción de gracias y la alabanza (*Doxología*).

El Espíritu Santo actualiza el misterio de Cristo

1104 La liturgia cristiana no sólo recuerda los acontecimientos que nos salvaron, sino que los actualiza, los hace presentes. El misterio pascual de Cristo se celebra, no se repite; son las celebraciones las que se repiten; en cada una de ellas tiene lugar la efusión del Espíritu Santo que actualiza el único Misterio.

1105 La *Epiclesis* (“invocación sobre”) es la intercesión mediante la cual el sacerdote suplica al Padre que envíe el Espíritu santificador para que las ofrendas se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo y para que los fieles, al recibirlos, se conviertan ellos mismos en ofrenda viva para Dios.

1106 Junto con la Anámnesis, la Epiclesis es el centro de toda celebración sacramental, y muy particularmente de la Eucaristía:

«Preguntas cómo el pan se convierte en el Cuerpo de Cristo y el vino [...] en Sangre de Cristo. Te respondo: el Espíritu Santo irrumpe y realiza aquello que sobrepasa toda palabra y todo pensamiento [...] Que te baste oír que es por la acción del Espíritu Santo, de igual modo que gracias a la Santísima Virgen y al mismo Espíritu, el Señor, por sí mismo y en sí mismo, asumió la carne humana» (San Juan Damasceno, Expositio fidei, 86 [De fide orthodoxa, 4, 13]).

1107 El poder transformador del Espíritu Santo en la liturgia apresura la venida del Reino y la consumación del misterio de la salvación. En la espera y en la esperanza nos hace realmente anticipar la comunión plena con la Trinidad Santa. Enviado por el Padre, que escucha la epiclesis de la Iglesia, el Espíritu da la vida a los que lo acogen, y constituye para ellos, ya desde ahora, “las arras” de su herencia (cf *Ef* 1,14; *2 Co* 1,22).

La comunión en el Espíritu Santo

1108 La finalidad de la misión del Espíritu Santo en toda acción litúrgica es poner en comunión con Cristo para formar su Cuerpo. El Espíritu Santo es como la savia de la viña del Padre que da su fruto en los sarmientos (cf *Jn* 15,1-17; *Ga* 5,22). En la liturgia se realiza la cooperación más íntima entre el Espíritu Santo y la Iglesia. El Espíritu de comunión permanece indefectiblemente en la Iglesia, y por eso la Iglesia es el gran sacramento de la comunión divina que reúne a los hijos de Dios dispersos. El fruto del Espíritu en la liturgia es inseparablemente comunión con la Trinidad Santa y comunión fraterna (cf *1 Jn* 1,3-7).

1109 La Epiclesis es también oración por el pleno efecto de la comunión de la asamblea con el Misterio de Cristo. “La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión del Espíritu Santo” (*2 Co* 13,13) deben permanecer siempre con nosotros y dar frutos más allá de la celebración eucarística. La Iglesia, por tanto, pide al Padre que envíe el Espíritu Santo para que haga de la vida de los fieles una ofrenda viva a Dios mediante la transformación espiritual a imagen de Cristo, la preocupación por la unidad de la Iglesia y la participación en su misión por el testimonio y el servicio de la caridad.

2845 No hay límite ni medida en este perdón, esencialmente divino (cf *Mt* 18, 21-22; *Lc* 17, 3-4). Si se trata de ofensas (de “pecados” según *Lc* 11, 4, o de “deudas” según *Mt* 6, 12), de hecho nosotros somos siempre deudores: “Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor” (*Rm* 13, 8). La comunión de la Santísima Trinidad es la fuente y el criterio de verdad en toda relación (cf *1 Jn* 3, 19-24). Se vive en la oración y sobre todo en la Eucaristía (cf *Mt* 5, 23-24):

«Dios no acepta el sacrificio de los que provocan la desunión, los despide del altar para que antes se reconcilien con sus hermanos: Dios quiere ser pacificado con oraciones de paz. La obligación más bella para Dios es nuestra paz, nuestra concordia, la unidad en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de todo el pueblo fiel» (San Cipriano de Cartago, *De dominica Oratione*, 23).

La Trinidad y la oración

2655 La misión de Cristo y del Espíritu Santo que, en la liturgia sacramental de la Iglesia, anuncia, actualiza y comunica el Misterio de la salvación, se continúa en el corazón que ora. Los Padres espirituales comparan a veces el corazón a un altar. La oración interioriza y asimila la liturgia durante y después de la misma. Incluso cuando la oración se vive “en lo secreto” (*Mt 6, 6*), siempre es oración de la *Iglesia*, comunión con la Trinidad Santísima (cf *Institución general de la Liturgia e las Horas*, 9).

2664 No hay otro camino de oración cristiana que Cristo. Sea comunitaria o individual, vocal o interior, nuestra oración no tiene acceso al Padre más que si oramos “en el Nombre” de Jesús. La santa humanidad de Jesús es, pues, el camino por el que el Espíritu Santo nos enseña a orar a Dios nuestro Padre.

La oración a Jesús

2665 La oración de la Iglesia, alimentada por la palabra de Dios y por la celebración de la liturgia, nos enseña a orar al Señor Jesús. Aunque esté dirigida sobre todo al Padre, en todas las tradiciones litúrgicas incluye formas de oración dirigidas a Cristo. Algunos salmos, según su actualización en la Oración de la Iglesia, y el Nuevo Testamento ponen en nuestros labios y graban en nuestros corazones las invocaciones de esta oración a Cristo: Hijo de Dios, Verbo de Dios, Señor, Salvador, Cordero de Dios, Rey, Hijo amado, Hijo de la Virgen, Buen Pastor, Vida nuestra, nuestra Luz, nuestra Esperanza, Resurrección nuestra, Amigo de los hombres...

2666 Pero el Nombre que todo lo contiene es aquel que el Hijo de Dios recibe en su encarnación: JESÚS. El nombre divino es inefable para los labios humanos (cf *Ex 3, 14; 33, 19-23*), pero el Verbo de Dios, al asumir nuestra humanidad, nos lo entrega y nosotros podemos invocarlo: “Jesús”, “YHVH salva” (cf *Mt 1, 21*). El Nombre de Jesús contiene todo: Dios y el hombre y toda la Economía de la creación y de la salvación. Decir “Jesús” es invocarlo desde nuestro propio corazón. Su Nombre es el único que contiene la presencia que significa. Jesús es el resucitado, y cualquiera que invoque su Nombre acoge al Hijo de Dios que le amó y se entregó por él (cf *Rm 10, 13; Hch 2, 21; 3, 15-16; Ga 2, 20*).

2667 Esta invocación de fe bien sencilla ha sido desarrollada en la tradición de la oración bajo formas diversas en Oriente y en Occidente. La formulación más habitual, transmitida por los espirituales del Sinaí, de Siria y del Monte Athos es la invocación: “Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de nosotros, pecadores” Conjugua el himno cristológico de *Flp 2, 6-11* con la petición del publicano y del mendigo ciego (cf *Lc 18,13; Mc 10, 46-52*). Mediante ella, el corazón está acorde con la miseria de los hombres y con la misericordia de su Salvador.

2668 La invocación del santo Nombre de Jesús es el camino más sencillo de la oración continua. Repetida con frecuencia por un corazón humildemente atento, no se dispersa en “palabrerías” (*Mt 6, 7*), sino que “conserva la Palabra y fructifica con perseverancia” (cf *Lc 8, 15*). Es posible “en todo tiempo” porque no es una ocupación al lado de otra, sino la única ocupación, la de amar a Dios, que anima y transfigura toda acción en Cristo Jesús.

2669 La oración de la Iglesia venera y honra al *Corazón de Jesús*, como invoca su Santísimo Nombre. Adora al Verbo encarnado y a su Corazón que, por amor a los hombres, se dejó traspasar por nuestros pecados. La oración cristiana practica el *Vía Crucis* siguiendo al Salvador. Las estaciones desde el Pretorio, al Gólgota y al Sepulcro jalonan el recorrido de Jesús que con su santa Cruz nos redimió.

“Ven, Espíritu Santo”

2670 «Nadie puede decir: “¡Jesús es Señor!” sino por influjo del Espíritu Santo» (1 Co 12, 3). Cada vez que en la oración nos dirigimos a Jesús, es el Espíritu Santo quien, con su gracia preveniente, nos atrae al camino de la oración. Puesto que Él nos enseña a orar recordándonos a Cristo, ¿cómo no dirigirnos también a él orando? Por eso, la Iglesia nos invita a implorar todos los días al Espíritu Santo, especialmente al comenzar y al terminar cualquier acción importante.

«Si el Espíritu no debe ser adorado, ¿cómo me diviniza él por el Bautismo? Y si debe ser adorado, ¿no debe ser objeto de un culto particular?» (San Gregorio Nacianceno, Oratio [teológica] 5, 28).

2671 La forma tradicional para pedir el Espíritu es invocar al Padre por medio de Cristo nuestro Señor para que nos dé el Espíritu Consolador (cf Lc 11, 13). Jesús insiste en esta petición en su nombre en el momento mismo en que promete el don del Espíritu de Verdad (cf Jn 14, 17; 15, 26; 16, 13). Pero la oración más sencilla y la más directa es también la más tradicional: “Ven, Espíritu Santo”, y cada tradición litúrgica la ha desarrollado en antífonas e himnos:

«Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor» (Solemnidad de Pentecostés, Antífona del «Magnificat» in I Vísperas: Liturgia de las Horas; cf. Solemnidad de Pentecostés, misa del día, Secuencia: Leccionario, V, 1).

«Rey celeste, Espíritu Consolador, Espíritu de Verdad, que estás presente en todas partes y lo llenas todo, tesoro de todo bien y fuente de la vida, ven, habita en nosotros, purifícanos y sálvanos. ¡Tú que eres bueno!» (Oficio Bizantino de las Horas, Oficio Vespertino del día de Pentecostés, capítulo 4: «Pentekostárion»).

2672 El Espíritu Santo, cuya unción impregna todo nuestro ser, es el Maestro interior de la oración cristiana. Es el artífice de la tradición viva de la oración. Ciertamente hay tantos caminos en la oración como orantes, pero es el mismo Espíritu el que actúa en todos y con todos. En la comunión en el Espíritu Santo la oración cristiana es oración en la Iglesia.

La familia, imagen de la Trinidad

2205 La familia cristiana es una comunión de personas, reflejo e imagen de la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo. Su actividad procreadora y educativa es reflejo de la obra creadora de Dios. Es llamada a participar en la oración y el sacrificio de Cristo. La oración cotidiana y la lectura de la Palabra de Dios fortalecen en ella la caridad. La familia cristiana es evangelizadora y misionera.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Iguales y distintos

Reflexionar sobre el misterio de la Trinidad es como ir hacia el descubrimiento de nuestras raíces más profundas, porque nosotros venimos de la Trinidad y estamos en camino hacia ella, como el agua del río viene del mar y vuelve al mar. La segunda lectura y el Evangelio nos presentan las

fuentes bíblicas de este misterio (¡tengamos presente que el término «Dios», sin añadiduras, en el Nuevo Testamento designa siempre a Dios Padre!):

« Ya que hemos recibido la justificación por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo... y nos gloriamos, apoyados en la esperanza de alcanzar la gloria de Dios... y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado».

Las tres divinas personas, el Padre, el Hijo Jesucristo y el Espíritu Santo, se entrelazan aquí, como se ve, con las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad.

En el Evangelio, sacado una vez más de los discursos de la despedida de Jesús, de nuevo se perfilan sobre su fondo los tres misteriosos sujetos, estrechamente unidos entre sí.

«Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena... Todo lo que tiene el Padre es mío (del Hijo). Por eso os he dicho que tomará de lo mío y os lo anunciará».

Reflexionando sobre estos y otros textos del mismo tenor, la Iglesia ha alcanzado su fe en el Dios uno y trino. Muchos encuentran un obstáculo en la doctrina sobre la Trinidad. Dicen: pero, ¿qué es este asunto de tres que son uno y uno que son tres? ¿No sería más simple creer en un Dios único, punto y basta, como hacen los hebreos y los musulmanes?

La respuesta es sencilla. La Iglesia cree en la Trinidad no porque tome gusto en complicar las cosas sino porque esta verdad le ha sido revelada por Cristo, en el que tiene la confianza de que no puede ni engañarse ni engañarnos. La dificultad de comprender el misterio de la Trinidad es un argumento a favor, no en contra de su verdad. Ningún hombre, abandonado a sí mismo, habría pensado jamás un misterio tal. Tertuliano, en la antigüedad, decía: «Creo porque es absurdo». Hay una parte de verdad en este *refrán* tan criticado. Quiere decir: creo porque la cosa es superior a nuestra razón y si Dios existe, es normal que supere nuestra razón. Para poder «com-prender» a Dios (esto es, al pie de la letra, abrazarlo o incluirlo desde todas sus partes), nuestra mente debiera ser mayor que la de Dios.

Después que esto se nos ha revelado, intuimos que si Dios existe no puede ser más que así: uno y múltiple juntos; esto es, mucho más allá de la misma idea que nosotros tenemos de la unidad. En él, unidad y multiplicidad se juntan y se armonizan. Porque ambas las dos cosas, bien sea la unidad como la diversidad, son valores y Dios no puede limitarse a representar uno solo de estos valores. En Dios, la pluralidad no es división sino incremento.

Hay, asimismo, otra razón que nos hace intuir la verdad de esta doctrina. Si Dios es amor (y esto es lo que afirma el cristianismo), entonces, no puede haber un Dios solitario, porque el amor no existe si no es entre dos o tres personas. Si Dios es amor debe existir en él, uno que ama y otro que es amado, y el amor que les une. Los cristianos, igualmente, son ellos monoteístas; creen en un Dios único, si bien no solitario. La unidad de Dios, según nuestra fe, se asemeja más a la unidad de la familia que a la del individuo.

Pero, no me alargó más con explicaciones. Quisiera arrebatarse la más grande y formidable enseñanza de vida, que nos viene de la Trinidad. He aquí cómo el misterio viene formulado en el prefacio de la fiesta:

«Al proclamar nuestra fe en la verdadera y eterna Divinidad, adoramos tres Personas distintas, de única naturaleza e iguales en su dignidad»

Trinidad y unidad, igualdad y diversidad: he aquí el núcleo del misterio. La Trinidad es la afirmación mayor del hecho de que se puede ser a la vez iguales y distintos, iguales por dignidad y distintos por sus características. Y ¿no es esto lo que tenemos más urgente necesidad de aprender para vivir bien en este mundo? Esto es, ¿que se puede ser distintos por el color de la piel, la cultura, el sexo, la raza y, sin embargo, gozar de igual dignidad como personas humanas?

Esta enseñanza encuentra en la familia su primer y más natural campo de aplicación. La familia debiera ser un reflejo terrenal de la Trinidad. Ella está formada de personas distintas en cuanto al sexo (hombre y mujer) y por edad (padres e hijos) con todas las consecuencias, que se derivan de estas diversidades: distintos sentimientos y otras exigencias y gustos. El éxito de un matrimonio y de una familia dependerá de la medida con que esta diversidad sabe tender a una superior unidad: unidad de amor, de intenciones, de colaboración.

No es verdad que un hombre y una mujer deben ser a la fuerza parecidos por temperamento y por dotes; que para estar de acuerdo deban ser o todos los dos alegres, vivaces, extrovertidos, instintivos o todos los dos introvertidos, tranquilos, reflexivos. Sabemos qué consecuencias negativas puedan derivarse hasta en el plano físico de matrimonios efectuados entre parientes, dentro de un círculo restringido. La afinidad de sangre empobrece, no enriquece el patrimonio genético, y los hijos frecuentemente muestran visiblemente las consecuencias. El marido y la mujer no deben ser uno «la dulce mitad» del otro, en el sentido de que son dos mitades perfectamente iguales, como una manzana cortada en dos, sino en el sentido de que cada uno es la mitad que falta en el otro y el complemento del otro. Esto pretendía Dios cuando dijo: «No es bueno que el hombre esté solo. Vaya hacerle una ayuda adecuada» (*Génesis 2,18*). Todo esto, sin embargo, supone un esfuerzo para aceptar la diversidad del otro, que para nosotros es lo más difícil y que lo consiguen sólo los más maduros.

Veamos así, todavía una vez, cómo es un error considerar a la Trinidad como un misterio remoto de la vida para abandonarlo a la especulación de los teólogos. Por el contrario, es un misterio muy cercano; y el motivo es muy sencillo: nosotros hemos sido creados a imagen de Dios uno y trino, llevamos la impronta suya, somos llamados a realizar la misma sublime síntesis de unidad y diversidad.

Lo que he pretendido decir hasta aquí con mis palabras se puede también decir con un medio totalmente distinto: el color. La más célebre representación de la Trinidad es el icono ruso de Nicola Rublev. Se inspira en un episodio de la Biblia. Un día, mientras se encontraba junto a las encinas de Mambré, Abrahán recibió la visita de tres misteriosos personajes. Aun siendo tres, él les saluda diciendo «mi Señor», como si fuesen uno sólo (cfr. *Génesis 18,3*). Este detalle ha inducido a los Padres a ver en esta aparición un símbolo o una prefiguración de la Trinidad.

En el icono, las tres divinas Personas tienen el parecido de tres ángeles. El misterio de Dios «uno» y «trino» viene expresado por el hecho de que las figuras presentes son tres y bien distintas, pero muy semejantes entre sí. Idealmente ellas están contenidas como dentro de un círculo, que transmite su unidad; pero, proclaman igualmente su distinción con su diverso movimiento y disposición. Se suele pensar que el Padre sea el ángel de la izquierda, el único que tiene la cabeza erguida, mientras que el Hijo, Jesucristo, es el ángel del centro y el Espíritu Santo el de la derecha. Todos estos dos, el Hijo y el Espíritu Santo, proclaman con su cabeza inclinada que el Padre es la fuente y el origen de toda la Trinidad y que ellos proceden de él. Todos los tres llevan un vestido de color azul, signo de la naturaleza divina, que tienen en común. Pero, arriba o abajo, cada uno viste un color, que le distingue del otro: el Padre, un vestido de colores indefinibles, hecho casi de pura luz, signo de su invisibilidad e inaccesibilidad («Nadie ha visto nunca al Padre»: cfr. *Mateo 11,27*); el

Hijo, una túnica oscura, signo de la humanidad, de la que se ha revestido; el Espíritu Santo, un manto verde, signo de la vida, siendo él «el que da la vida» (*Juan 6,65*). El verde es el color de la vida, que brota y se despierta en la naturaleza.

En el icono todo es simbólico. El arbusto oscuro en el fondo recuerda las encinas de Mambré; el rectángulo delante de la mesa indica la tierra. La mesa, sobre la que hay una copa teniendo dentro un cordero, hace referencia a la Eucaristía. Un modo estupendo para decir que la Trinidad nos da la Eucaristía y se nos entrega a nosotros en la Eucaristía. En la Eucaristía nosotros llegamos a ser «comensales» de los Tres; ocupamos aquel sitio vacío, que está delante, necesario para cerrar el círculo del icono.

Permaneciendo largo tiempo en contemplación delante de este icono, se intuyen más cosas sobre la Trinidad que no leyendo enteros tratados sobre ella. El icono es una ventana abierta sobre lo invisible. Sobre todo, una cosa llama la atención: la paz profunda y la unidad, que se desprenden del conjunto. Nos vienen a la mente las palabras con que se inicia un himno de la Iglesia: «Oh bienaventurada Trinidad, / océano de paz, / la Iglesia a ti te consagra / su perenne alabanza».

El santo para cuyo monasterio fue pintado el icono, san Sergio, se había distinguido en la historia rusa por haber conseguido la unidad entre los dirigentes en discordia entre ellos y así haber hecho posible la liberación de Rusia de los Tártaros, que la habían invadido. Su lema era: «Contemplando a la Santísima Trinidad, vencer la odiosa división de este mundo».

Pienso que sea grande el mensaje que la Trinidad tiene que dar, también hoy, al mundo: contemplar a la Trinidad para vencer la odiosa división entre las familias y entre la sociedad y superar las discriminaciones de todo tipo, que afligen al mundo. La invitación, que parece oírse, cada vez que se contempla este icono, es: «Sed uno, como nosotros somos uno».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Somos para la Trinidad

La fidelidad de san Juan evangelista a la enseñanza del Señor nos introduce, en este caso, en la intimidad misma de la Trinidad. Las palabras de Jesús que acabamos de recordar deben ser objeto de nuestra pausada meditación. Son suficientes para nosotros, aunque metidos a partir de ellas en el misterio insondable de la divinidad, el entendimiento humano no comprenda...; pues, como ya sabíamos, a Dios no lo podemos abarcar con la inteligencia.

“Creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo, creo en Dios Espíritu Santo; espero en Dios Padre, espero en Dios Hijo, espero en Dios Espíritu Santo; amo a Dios Padre, amo a Dios Hijo, amo a Dios Espíritu Santo”.

Es necesario que hagamos así. Es preciso actualizar las tres virtudes teologales, que tienen por objeto al mismo Dios, para vivir de ellas. Debemos ser muy de este mundo, pero nuestra vida ha de ser a la vez una vida en Dios, de relación permanente con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Si no fuera así –debemos reconocerlo– estaríamos quedándonos muy cortos, sin el desarrollo y la plenitud de que somos capaces: *Dios está contigo. En tu alma en gracia habita la Trinidad Beatísima.*

– Por eso, tú, a pesar de tus miserias, puedes y debes estar en continua conversación con el Señor.

Queramos empaparnos de este convencimiento tan vivo en san Josemaría y en todos los santos. El propósito renovado de pensar en cada una de las divinas Personas, de invocarlas –tal vez sin palabras muchas veces– irá confirmándonos, por efecto de la Gracia santificante, en esa vida en Dios para la que fuimos creados. Una vida no solamente para el futuro, a partir de la muerte; puesto que debe ser una realidad ya actual. Mientras llevamos a cabo nuestros quehaceres más habituales, podemos –debemos– mantener un trato lo más asiduo que sea posible con la Santísima Trinidad.

¿Cómo busco a las Personas divinas durante la jornada? No es una empresa inaccesible ni demasiado espiritual que no pueda ir de acuerdo con los afanes del mundo que vivimos. Dios nos quiere aquí, y aquí nos esperan el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo cada día, mientras nos desenvolvemos cada uno entre nuestros afanes. En cada instante podemos vernos ante el Padre, que ama entrañablemente a sus hijos los hombres y espera de nosotros correspondencia. Y que descansemos en su bondad omnipotente, también si por un instante –o por una temporada– perdimos de vista lo que somos y valemos por Él.

Aunque queramos seriamente amar a Dios, siempre notamos nuestra fragilidad y, en ocasiones, parece que los defectos conocidos de siempre harán inútil en la práctica todo intento por corresponderle. Tal vez es entonces el momento de comprender, con una nueva luz, que para esta empresa sobrenatural siempre seremos débiles; débiles y desmañados, por la tendencia al pecado, que proviene del pecado de Adán y de los otros pecados nuestros, personales. Entonces invocamos a Dios Padre. Nos apoyamos confiados en su ternura poderosa, en su comprensión de Padre que perdona y anima, que quiere salvarnos: vernos felices gozando con su Amor.

De Jesucristo, el Hijo encarnado, aprendemos. **Os he dado ejemplo...**, nos dijo. El Señor es el **hombre perfecto** en quien encontramos, en todo momento, la respuesta a cómo hay que actuar. Jesús es la verdad acerca del hombre y, como afirmó el último Concilio Ecuménico: **manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación**. Siempre hay unas palabras, una actitud de Nuestro Señor que nos aconsejan una conducta suya como modelo nuestro para ese momento. Por eso es capital conocer la vida y las palabras del Señor; estar muy familiarizados con el tesoro que son los Santos Evangelios; para que, casi sin querer, tengamos presente la vida de Cristo al vivir la nuestra.

Pero no está la perfección que Dios espera de sus hijos en la sola imitación de la conducta de Jesús. Quiere Dios que los hombres “saltemos”, por la acción del Espíritu Santo, de nuestra condición a la suya. Quiere, como expresó san Juan para gozo perpetuo del todo hombre, **que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos**. La santificación es entonces más obra de Dios que nuestra. A cada uno nos corresponde no poner obstáculos, ser dóciles a la acción del Paráclito, para llevar a cabo la vida cristiana; es decir, ser propiamente “Cristo” que cumple por su amor, como Jesús, la voluntad del Padre santificando el mundo. Por el Espíritu Santo, el cristiano comprende su vida como la ocasión permanente de amar a Dios, procurando que muchos más le amen.

Te contaba –decía san Josemaría– que hasta personas que no han recibido el bautismo me han dicho conmovidas: “es verdad, yo comprendo que las almas santas tienen que ser felices, porque miran los sucesos con una visión que está por encima de las cosas de la tierra, porque ven las cosas con ojos de eternidad”.

¡Ojalá no te falte esta visión! –añadí después–, para que seas consecuente con el trato de predilección que de la Trinidad has recibido.

¡Correspondamos a ese trato de predilección! En Santa María no hay un momento de menos unión con las tres Personas. Es necesario acudir a su intercesión poderosa para que nos esmeremos por estar a la altura de lo que valemos por la voluntad del Creador

Dirígete a la Virgen, nos aconseja el Fundador de la Obra –Madre, Hija, Esposa de Dios, Madre nuestra–, y pídele que te obtenga de la Trinidad Beatísima más gracias: la gracia de la fe, de la esperanza, del amor, de la contrición, para que, cuando en la vida parezca que sopla un viento fuerte, seco, capaz de agostar esas flores del alma, no agoste las tuyas..., ni las de tus hermanos.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

Vivir en presencia de la Trinidad

Iniciamos esta santa Misa en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; la terminaremos dentro de poco con la bendición del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Todo lo que durante esta santa Misa decimos y hacemos no es más que un diálogo entre nosotros y el Padre, hecho por medio de Jesucristo, a la luz y con el sostén del Espíritu Santo. Esta proclamación de la Trinidad en la asamblea eucarística nos enciende con toda su luz al recitar juntos el Credo, cuando, uniéndonos a toda la Iglesia del presente y del pasado, profesemos nuestra fe en el Dios uno y trino diciendo: “Creo en un solo Dios Padre omnipotente... y en un solo Señor Jesucristo... y en el Espíritu Santo”.

Si, de nuestra Misa, pasamos a considerar nuestra vida de cristianos, nos damos cuenta de que también esta es como una eucaristía más larga que comienza y termina en el nombre de la Trinidad: “Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, nos fue dicho en el umbral de la vida; “Parte alma cristiana de este mundo, en el nombre del Padre que te creó, del Hijo que te redimió, del Espíritu Santo que te santificó”, así se nos dirá en el momento de partir de este mundo, si tenemos la suerte de expirar con alguien a nuestro lado que rece por nosotros, en nombre y con las palabras de la Iglesia.

Entre estos dos extremos —el nacimiento y la muerte— está nuestra experiencia, cuyos tiempos fuertes son también vividos con la Trinidad: en el nombre de la Trinidad los esposos se unen en matrimonio; en el nombre de la Trinidad, se consagran los sacerdotes; en el nombre de la Trinidad se redimen los pecados. Toda la existencia cristiana se desarrolla en compañía de la Trinidad; las tres Personas están con nosotros, caminan con nosotros. ¡Mas nosotros no las reconocemos! Al final de la vida, nos pasará como a los discípulos de Emaús: habían hecho todo el camino con Jesús y no lo habían reconocido: ¡qué deplorable!

Hay un modo errado de pensar en la Trinidad que hasta ahora impidió percibir la fuerza que surge de este misterio. Consiste en pensar en la Trinidad como una cosa, como una realidad hecha y concluida en sí misma. Se imagina que el Padre engendró, al comienzo de la eternidad, al Hijo (¡como si la eternidad tuviera un comienzo!) y después el Padre y el Hijo juntos inspiraron el Espíritu Santo; se constituyó así, de una vez para siempre, la Trinidad que dura intacta por toda la eternidad. Pero la Trinidad no es una cosa; es un *proceso*, es algo que siempre está en acto y que está produciéndose ahora. En Dios, cada acto es eterno, no pasajero; en él, no hay “ayer” y tampoco “mañana”, sino solamente un “hoy” eterno: *Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy* (Sal. 2,7; Hech. 13,33; Heb. 1,5). Hoy, entonces, el Padre engendra al Hijo; hoy ellos, juntos, inspiran al Espíritu Santo. Todo es en acto, nada cesó; no hace falta pensar en la Trinidad como en un volcán apagado, sino como un volcán en actividad que emite siempre llamas de luz, de sabiduría y amor. En

este momento nos hallamos en presencia de “esta” Trinidad viva y activa; es la que celebramos en esta fiesta y a ella nos volvemos para decirle: “Gloria al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo: al Dios que es, que era y que vendrá” (Acl. al Evangelio).

¿Cómo hacer para restituir a ese misterio, principio y fuente de toda la vida de la Iglesia, su luz y su justo lugar en nuestra fe? La caída del horizonte trinitario conduce, de hecho, a una trivialización progresiva de la fe. Nos aferramos a Jesús; pero muy pronto también de él perdemos la dimensión trascendente y divina y sólo queda el hombre. o —como se dice actualmente— “el crucificado amante de la humanidad”; Jesús pasa a ser una figura opaca, objeto más de discusiones encendidas e interminables que de fe. Sin el Padre y el Espíritu Santo, es imposible creer en Cristo, porque justamente de ellos nos habla y son justamente ellos los que nos hablan de él. Un Jesús sin su diálogo profundo e ininterrumpido con el Padre —¡sin su *Abba!*— no es más Jesús; un Jesús sin el Espíritu que lo ilumina no es el Jesús resucitado que salva y santifica a la humanidad.

¿Cómo hacer, decíamos, para hacer que vuelva a brillar este misterio como en los primeros siglos de la Iglesia? La liturgia nos propone el instrumento privilegiado para este camino: la lectura de la Biblia; ella nos muestra cómo se manifiesta a nosotros la Trinidad en el desarrollo concreto del plan de salvación; a través de la unidad de designio de esta historia, se nos muestra la unidad de voluntad y de naturaleza en Dios; por el contrario, a través de los distintos tiempos y las distintas operaciones de esta historia, se nos muestra la distinción de las Personas en Dios (con este fin, deberíamos tratar de recitar, con este fin, el Canon IV).

Las tres lecturas bíblicas que escuchamos son como tres ventanas a través de cada uno de las cuales echamos una mirada a una etapa distinta de la historia de la salvación, recogiendo en ella la obra de una o de otra de las tres Personas divinas (incluso si las tres actúan simultáneamente).

La primera lectura es un himno a la creación; con ella la liturgia quiere elevarnos a la contemplación del Padre, fuente y origen de todo, que concibió el designio de infundir su amor en creaturas capaces de conocerlo y amarlo y lo realiza creando al hombre a su imagen y al universo al servicio del hombre. ¿Dónde se oculta el significado trinitario de este texto de los Proverbios? En las palabras iniciales: *Habla la Sabiduría de Dios: el Señor me creó como primicia de sus caminos, antes de sus obras, desde siempre.* Al comienzo del mundo —antes de que el mundo fuera— encontramos junto a Dios una realidad misteriosa, la Sabiduría, justamente, que habla de Dios y con Dios y que lo asiste mientras crea. En el prólogo, Juan desentrañó el misterio, llamando a esa Sabiduría Verbo, o sea, Palabra: *Al principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios... Todas las cosas fueron hechas por medio de la Palabra* (Jn. 1,1.3). Por lo tanto, estamos en los albores de la revelación de la Trinidad.

La segunda lectura de Pablo nos introduce enseguida en una atmósfera distinta: el hombre, creado a imagen de Dios, perdió su amistad por el pecado, está destinado a la perdición; pero Dios no lo abandona en poder de la muerte, sino que pone en práctica un grandioso plan de salvación —la Encarnación, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo— y justamente en el llevar a término este plan se revela plenamente al hombre el Hijo de Dios. Es él quien, anunciado por los profetas, viene, se reconcilia con Dios por medio de la cruz, nos devuelve la paz, la esperanza y la gloria; más aún, él mismo pasa a ser en nosotros “esperanza de la gloria:” (cf. Col, 1,27). El Hijo único de Dios, oculto desde la eternidad en el seno del Padre y que estaba con él cuando creaba los cielos, se manifestó entonces como Persona en Jesucristo y nos introdujo en la conciencia del misterio de Dios Uno y Trino.

Y llegamos finalmente al Evangelio, que nos da un indicio sobre esta última fase de la historia de la salvación: el tiempo de la Iglesia, aquel en que se revelará la presencia del Espíritu Santo. Él vendrá a la Iglesia, dice Jesús, y la conducirá a toda la verdad, morará en ella, para perfeccionar la obra del Hijo y “realizar toda la santificación” (Canon IV). Es la presencia que recordamos especialmente el domingo pasado, en la fiesta de Pentecostés.

Una unidad profunda —más grande que cualquier unidad conocida o imaginada por nosotros— une entre sí a estas tres Personas divinas (Personas es el término que usamos, a falta de uno mejor, pese a que es claramente inadecuado). La Trinidad que nos reveló Jesús no destruye, por lo tanto, la unidad de Dios, sino que la exalta; no es un retroceso respecto del monoteísmo absoluto de la Biblia y otras religiones (por ejemplo el Islam), sino una superación: Dios —nos dice— está más allá de cualquier concepto nuestro, incluso del concepto que tenemos de la unidad. ¡En Dios, la Trinidad no es división, sino riqueza!

La teología llama a esta unidad, unidad de naturaleza o de substancia (una substancia, tres Personas); para la Biblia, no obstante, se trata de una unidad más dinámica: es presencia conjunta o compenetración (*perichoresis*), de cada una de las tres Personas en las otras dos: *Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí* (Jn. 14,11); *El Padre y yo somos una sola cosa* (Jn. 10,30). A través de cada una de las Personas divinas, alcanzamos toda la Trinidad; recibiendo la Eucaristía, recibimos la Persona del Hijo Jesucristo, en el cual *habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad* (Col. 2,9); ¡recibimos por ende toda la Trinidad!

Esta unidad profunda del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo entre sí se manifiesta, en la historia de la salvación, en el hecho de que cada una de las tres personas se revela revelando a las otras dos: no habla de sí misma, sino de la otra y es hablando de la otra como se hace conocer a sí misma. El Padre se revela como Padre en el momento que dice de Jesús: *¡Este es mi hijo predilecto!* el Hijo se revela como Hijo, haciéndonos conocer al Padre y pronunciando su inconfundible *¡Abba!*; el Espíritu Santo se revela como Espíritu del Padre y del Hijo, cuando viene a nosotros nos enseña a decir por nuestra parte: *¡Abba!* y *¡Jesús es el Señor!*, o sea, cuando nos revela al Padre y a su Hijo Jesucristo. Cada uno glorifica al otro y es glorificado por el otro: *Glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique a ti... Yo te he glorificado en la tierra... Manifesté tu Nombre a los que separaste del mundo* (Jn. 17, 1.4.6); *El Espíritu de la Verdad... me glorificará* (Jn. 16, 13ssq.). Es la lógica divina del don.

La Trinidad no es para la fe cristiana un excedente del cual se puede omitir de hablar al pueblo, limitándonos a hablarle genéricamente de Dios. Es el misterio-fuente de todos los misterios; es lo que da luz y profundidad a cada afirmación cristiana sobre Dios: nadie comprende qué significa decir: *Dios es amor* (o: Dios es “persona”), si no tiene en cuenta la Trinidad. Dios no es amor sólo desde hace algunos millones de años, cuando, después de la creación, tuvo finalmente a alguien fuera de él para amar; él es amor por sí mismo, intrínsecamente, *ab aeterno*. Pero si es amor desde la eternidad, quiere decir que desde la eternidad tiene alguien en sí mismo a quien amar —justamente el Hijo— y desde la eternidad hay una circulación de amor en Dios que es el Espíritu Santo. Dios no tuvo necesidad del “tú” del hombre para amar a alguien y “ser en relación” con alguien (y ser así “persona”); había en él un “yo”, un “tú” y un “nosotros” que es la Trinidad. Fuimos llamados a la existencia, para entrar en ese crisol de amor, para formar parte de ese “tú” que el Padre pronuncia eternamente dirigiéndose al Hijo.

Cuando un hijo en su casa o un niño en el catecismo, les haga la famosa pregunta: ¿Por qué nos creó Dios?, no respondan en seguida como les enseñaron de chicos: “Para conocerlo, servirlo y amarlo en esta vida y gozarlo en la vida eterna”. No es este el primer motivo; es sólo el segundo. La

respuesta que hay que darle a ese chico es: También Dios tenía, desde la eternidad un Niño al que amaba tiernamente como a su único Hijo; para homenajear o hacerle un regalo a ese Hijo suyo, para hacerla jugar o para hacerla sonreír —puesto que era omnipotente y le gustaba hacer las cosas en grande— ¡para él creó el universo! Y si les da miedo dar esa explicación tan ingenua, vuelvan a pensar en las palabras de la primera lectura de hoy: *Yo estaba a su lado como un hijo querido, lo deleitaba día tras día* (el Hijo le habla al Padre) *recreándome delante de él en todo tiempo, recreándome sobre la faz de la tierra, mi delicia era estar con los hijos de los hombres*. ¿Qué sugieren estas palabras, si no justamente, la imagen de un niño que expresa su alegría y su entusiasmo al padre, por el don que le hizo y que está aprendiendo a conocer?

Después, explíquense al niño que les hizo la pregunta el resto de la historia que seguramente lo hará feliz. Ese Niño, que era el Hijo de Dios —díganle— no quería estar solo y disfrutar de un juguete tan grande; le pidió al Padre que le diera compañeros de juego con los cuales darle las gracias, alabarlos y aplaudirlos para siempre. ¡Y fuimos nosotros el regalo que le dio el Padre! *Y (el Padre) nos ha elegido en él (o sea en Jesús), antes de la creación del mundo... los predestinó a ser sus hijos adoptivos* (Ef. 1.4ssq.); *Ustedes son de Cristo* (1 Cor. 3,23). Fue así como nosotros, hijos del hombre, pasamos a ser para Jesús “sus delicias”, delicias que le costaron la cruz, y sin embargo siempre delicias.

Después de esto, no les será difícil hacer comprender a su hijo cuán errado está que los hombres den vueltas por el mundo con la cara tan terriblemente seria, tan preocupada y tan triste, como si el mundo tuvieran que sostenerlo ellos, como si lo más importante fuera comprar y vender, construir y demoler, acumular y gastar, y no en cambio, participar en el maravilloso juego de amor para el cual fue creado el mundo.

Ahora que hemos descubierto que fuimos puestos en la existencia de la Trinidad y destinados a volver a ella, anticipemos en la oración ese retorno universal al Padre, gritándole “de lejos”, como el hijo pródigo al vislumbrar la casa paterna: ¡*Abba*, Padre! Jesús nos habló de Ti, o Padre bueno, hasta hacer nacer en nuestro corazón una nostalgia tan grande de Ti, un deseo tan grande de ver tu rostro oculto. Creemos que algún día apartarás el velo que ahora cubre la faz de la tierra y la vuelve tan triste y entonces será bello ver cómo todo era tan simple: el universo, la historia y también nuestra pequeña historia: porque eres “un Dios misterioso”, pero no un Dios complicado. Recíbenos desde ahora como tuyos; atráenos con tu dulcísimo Santo Espíritu, para que no nos perdamos en el tramo de camino que nos queda por recorrer, pero corramos como guiados por el perfume de su unguento. Atráenos ahora a esa zarza ardiente donde tú, oh Trinidad, estás por retirarte entera y ven a encontrarte con nosotros: en el cuerpo y la sangre de Jesucristo que estamos por recibir.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la Basílica de S. Pedro (29-V-1983)

– La razón ante la infinitud de Dios

“¡Señor, dueño nuestro,/ qué admirable es tu nombre/ en toda la tierra!”(Sal 8,2).

Estas palabras del salmo responsorial de la liturgia de hoy nos ponen con temblor y adoración ante el gran misterio de la Santísima Trinidad. “¡Qué admirable es tu nombre sobre la tierra!”. Y sin embargo la extensión del mundo y del universo, aun cuando ilimitado, no iguala la inconmensurable realidad de la vida de Dios. Ante Él hay que acoger más que nunca con humildad la invitación del

Sabio bíblico, cuando advierte: “Que tu corazón no se apresure a proferir una palabra delante de Dios, que en los cielos está Dios, y tú en la tierra” (Qoh 5,1).

Efectivamente, Dios es la única realidad que escapa a nuestras capacidades de medida, de control, de dominio, de comprensión exhaustiva. Por esto es Dios: porque es Él quien nos mide, nos rige, nos guía, nos comprende, aun cuando no tuviésemos conciencia de ello. Pero si esto es verdad para la Divinidad en general, vale mucho más para el misterio trinitario, es decir, típicamente cristiano, de Dios mismo. Él es, a la vez, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero no se trata ni de tres dioses separados -esto sería una blasfemia -ni siquiera de simples modos diversos e impersonales de presentarse una sola persona divina -esto significaría empobrecer radicalmente su riqueza de comunión interpersonal-.

Nosotros podemos decir del Dios Uno y Trino mejor lo que no es, que lo que es. Por lo demás, si pudiésemos explicarlo adecuadamente con nuestra razón, eso querría decir que lo habríamos apresado y reducido a la medida de nuestra mente, lo habríamos como aprisionado en las mallas de nuestro pensamiento; pero entonces lo habríamos empequeñecido a las dimensiones mezquinas de un ídolo.

En cambio: “¡Que admirable es tu nombre en toda la tierra!” ¡Esto es: qué grande eres a nuestros ojos, qué libre, qué diverso eres!

– Misterio de amor

Sin embargo, he aquí la novedad cristiana: el Padre nos ha amado tanto que nos ha dado a su Hijo unigénito; el Hijo, por amor, ha derramado su Sangre en favor nuestro; y el Espíritu Santo, desde luego, “nos ha sido dado” de tal manera que introduce en nosotros el amor mismo con que Dios nos ama (Rom 5,5), como dice la segunda lectura bíblica de hoy.

El Dios Uno y Trino, pues, no es sólo algo diverso, superior, inalcanzable. Al contrario, el Hijo de Dios “no se avergüenza de llamarnos hermanos” (Hb 2,11), “participando en la sangre y la carne” (ib., 2,14), de cada uno de nosotros; y, después de la resurrección de Pascua, se realiza para cada uno de los cristianos la promesa del Señor mismo, cuando dijo en la última Cena: “Vendremos a Él, y en Él haremos morada” (Jn 14,23). Es evidente, pues, que la Trinidad no es tanto un misterio para nuestra mente, como si se tratase sólo de un teorema intrincado. Es mucho más, es un misterio para nuestro corazón (cfr. 1 Jn 3,20), porque es un misterio de amor. Y nosotros nunca captaremos, no digo tanto la naturaleza ontológica de Dios, cuanto más bien la razón por la que Él nos ha amado hasta el punto de identificarse ante nuestros ojos con el Amor mismo (cfr., 4,16).

Con la confirmación adquiriréis una relación totalmente particular precisamente con el Señor Jesús. Sois consagrados oficialmente como testigos de Él ante la Iglesia y ante el mundo. Él tiene necesidad de vosotros, y quiere disponer de vosotros como muchachos fuertes, alegres, generosos. De algún modo le prestáis vuestro rostro, vuestro corazón, toda vuestra persona, de manera que Él se comportará ante los otros como os comportéis vosotros: si sois buenos, convencidos, entregados al bien de los demás, servidores fieles del Evangelio, entonces será Jesús mismo el que quede bien; pero si fuerais flojos y viles, ofuscaríais su auténtica identidad y no haríais honor.

Mirad, pues, que habéis sido llamados a una misión altísima, que hace de vosotros cristianos verdaderos, completos. Efectivamente, la confirmación os sitúa en la edad adulta del cristiano, esto es, os confía y os reconoce un sentido de responsabilidad tal que no es de niños. El niño todavía no es dueño de sí, de sus actos, de su vida. En cambio, el adulto tiene la valentía de las propias opciones, sabe sacar sus consecuencias, es capaz de responder personalmente, porque ha adquirido

una plenitud interior tal que puede decidir por sí solo, comprometer, como mejor crea, la propia existencia, y sobre todo dar amor, en vez de recibirlo solamente.

Nadie llega a ser un auténtico discípulo de Cristo, si quiere serlo por sí solo, por propia iniciativa y con las propias energías. Es imposible. Sólo se realizaría una caricatura del verdadero cristiano. Lo mismo que no se puede llegar a ser humanamente adultos si no hay una nueva y decisiva aportación de la naturaleza, así ocurre con el cristiano en otro nivel.

– La fuerza del Espíritu Santo

Pero con la confirmación recibiréis una efusión y una dotación especial del Espíritu Santo, el cual, precisamente como el viento, de donde se deriva la palabra, vivifica, impulsa, da vigor.

Él es nuestra fuerza secreta, diría que es como la reserva inagotable y la energía propulsora de todo nuestro pensar y actuar como cristianos. Él os da valentía, como a los Apóstoles en el Cenáculo de Pentecostés. Él os hace aceptar la verdad y la belleza de las palabras de Jesús como hemos leído en el Evangelio de hoy tomado de San Juan. Él os da la vida, como dice bien el Apóstol Pablo (cfr. 2 Cor 3,6). Efectivamente, Él es el Espíritu de Dios y el Espíritu de Cristo. Y esto significa que, al venir a vosotros, no viene solo, sino que trae consigo el sello del Padre y del Hijo Jesús. Al mismo tiempo, Él os introduce en ese misterio trinitario que, si es difícil hablar de él, no por eso deja de ser el fundamento y sello inconfundible de nuestra identidad cristiana.

Si éstas son cosas grandes, pensad que, de ahora en adelante, precisamente en cuanto adultos en la fe, vosotros no podéis ni debéis prescindir de ellas.

Deseo de corazón que vuestros pulmones estén siempre llenos de este viento del Espíritu, que recibís hoy en abundancia, y que os permite a vosotros y a la Iglesia respirar según el ritmo de Cristo mismo.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Todos tenemos la experiencia de no poder expresar nuestras vivencias más íntimas. Hay algo aquí que será siempre hermético para las palabras. Cualquier yo humano es ya un misterio. “Me he convertido en una pregunta para mí mismo, declara S. Agustín. Pero este misterio se adensa cuando hablamos de la Santísima Trinidad, el Ser que anuda los hilos del Universo. “Cuando lo llamamos Dios, dice Schmaus, no hacemos sino emplear una palabra para no tener que callar del todo sobre Él”.

Dios es inescrutable, un misterio absoluto, es cierto “pero se ha abierto a nosotros en la Revelación, recuerda Juan Pablo II, de manera que podamos dirigirnos a Él como al santísimo “Tú” divino. Cada uno de nosotros es capaz de hacerlo porque nuestro Dios, que abraza en Sí y supera y trasciende de modo infinito todo lo que existe, está muy cercano a todos, y más aún, íntimo a nuestro más íntimo ser: *‘Interior intimo meo’*, como escribe San Agustín”.

Dios es Espíritu, dijo Jesús, y ello quiere decir vida, no materia inerte. Quiere decir persona, esto es: inteligencia, voluntad y libertad en grado infinito. Quiere decir Sabiduría, Bondad y Poder sin límites, como proclaman tantos textos de la Sagrada Escritura.

“Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora; cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena”. Dios es inescrutable, pero su Espíritu se ha asentado en nuestros corazones para que lleguemos a tener en él “idénticos sentimientos que Cristo Jesús” (Flp 2,5). Porque el “Espíritu Santo, dice S. Cirilo de Alejandría, no

es un artista que dibuja en nosotros la divina sustancia, como si Él fuera ajeno a ella...; sino que Él mismo, que es Dios y de Dios procede, se imprime en los corazones que lo reciben como el sello sobre la cera y, de esa forma, por la comunicación de sí y la semejanza, restablece la naturaleza según la belleza del modelo divino y restituye al hombre la imagen de Dios”. De igual modo, iremos recibiendo sus dones: Inteligencia, Ciencia, Sabiduría, Consejo, Piedad, Fortaleza, Temor.

El Espíritu Santo es el aliento de Dios, el ruah o soplo de Yavé, una fuerza invisible cuya acción penetra el universo y explica todas las intervenciones de Dios en la historia. Él, con sus siete dones, nos ayuda a vivir como verdaderos hijos de Dios.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo

I. LA PALABRA DE DIOS

Pr 8,22-31: Antes de comenzar la tierra, la Sabiduría ya había sido engendrada

Sal 8, 4-5.6-7.8-9: ¡Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

Rm 5,1-5: Caminamos hacia Dios, por medio de Cristo, en el amor derramado en nuestros corazones por el Espíritu

Jn 16, 12-15: Todo lo que tiene el Padre es mío; el Espíritu recibirá de lo mío y os lo anunciará

II. LA FE DE LA IGLESIA

«El misterio de la Santísima Trinidad es el misterio central de la fe y de la vida cristiana. Sólo Dios puede darnoslo a conocer revelándose como Padre, Hijo y Espíritu Santo» (261).

«En la liturgia de la Iglesia, Dios Padre es bendecido y adorado como la fuente de todas las bendiciones de la Creación y de la Salvación, con las que nos ha bendecido en su Hijo para darnos el Espíritu de adopción filial» (1110).

«Por la gracia del bautismo “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” somos llamados a participar en la vida de la Bienaventurada Trinidad, aquí abajo en la oscuridad de la fe y, después de la muerte, en la luz eterna» (265).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«Ante todo, guardadme este buen depósito, por el cual vivo y combato... la profesión de fe en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Os la confío hoy. Os doy una sola Divinidad y Poder, que existe Una en los Tres, y contiene los Tres de una manera distinta... No he comenzado a pensar en la Unidad cuando ya la Trinidad me baña con su esplendor... (San Gregorio Nacianceno)» (256).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

El Antiguo Testamento ya revela en parte la riqueza vital que se encierra en el único Dios a través de personificaciones como la Divina Sabiduría, maestra y creadora.

S. Pablo enseña que el camino hacia Dios se hace por medio de Cristo, en el amor derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo.

Después de la glorificación de Jesucristo, la Iglesia sigue recibiendo la revelación de parte de Dios Uno y Trino por medio del Espíritu que viene del Padre y del Hijo. Así lo anuncia Jesús en el Evangelio.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

La Santísima Trinidad: 232-267.

La respuesta:

La liturgia, obra de la Santísima Trinidad: 1077-1112.

C. Otras sugerencias

El misterio central de la fe nos sitúa ante el único que nos basta: Dios. Tal como El ha querido revelarse en su Hijo. Toda la liturgia, la oración y la vida del cristiano gira alrededor de Dios que es Uno en la Trinidad del Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Así profesamos nuestra fe: Creo en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Así celebramos la liturgia: Por Cristo, a ti Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo.

Así vivimos: empezamos a vivir en el bautismo. Hemos sido bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Así oramos: en el nombre del Padre...

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

La Santísima Trinidad.

– Revelación del misterio trinitario.

I. *Tibi laus, Tibi gloria, Tibi gratiarum actio... A Ti la alabanza, a Ti la gloria, a Ti hemos de dar gracias por los siglos de los siglos, ¡oh Trinidad Beatísima!*¹.

Después de haber renovado los misterios de la salvación –desde el Nacimiento de Cristo en Belén hasta la venida del Espíritu Santo en Pentecostés–, la liturgia nos propone el misterio central de nuestra fe: la Santísima Trinidad, fuente de todos los dones y gracias, misterio inefable de la vida íntima de Dios.

Poco a poco, con una pedagogía divina, Dios fue manifestando su realidad íntima, nos ha ido revelando cómo es Él, en Sí, independiente de todo lo creado. En el Antiguo Testamento da a conocer sobre todo la Unidad de su Ser, y su completa distinción del mundo y su modo de relacionarse con él, como Creador y Señor. Se nos enseña de muchas maneras que Dios, a diferencia del mundo, es *increado*; que no está limitado a un espacio (es *inmenso*), ni al tiempo (es *eterno*). Su poder no tiene límites (es *omnipotente*): *Reconoce, pues, hoy y medita en tu corazón* –nos invita la liturgia– *que el Señor es el único Dios allá arriba en el cielo y aquí abajo en la tierra; no hay otro*². Sólo Tú, Señor.

¹ *Trisagio angélico.*

² *Primera lectura.* Ciclo B. Dt 4, 39.

El Antiguo Testamento proclama sobre todo la grandeza de Yahvé, único Dios, Creador y Señor de todo el Universo. Pero también se revela como el *pastor que busca a su rebaño*, que cuida a los suyos con mimo y ternura, que perdona y olvida las frecuentes infidelidades del pueblo elegido... A la vez, se va manifestando la paternidad de Dios Padre, la Encarnación de Dios Hijo, que es anunciada por los Profetas, y la acción del Espíritu Santo, que lo vivifica todo.

Pero es Cristo quien nos revela la intimidad del misterio trinitario y la llamada a participar en él. *Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo*³. Él nos reveló también la existencia del Espíritu Santo junto con el Padre y lo envió a la Iglesia para que la santificara hasta el fin de los tiempos; y nos reveló la perfectísima Unidad de vida entre las divinas Personas⁴.

El misterio de la Santísima Trinidad es el punto de partida de toda la verdad revelada y la fuente de donde procede la vida sobrenatural y a donde nos encaminamos: somos hijos del Padre, hermanos y coherederos del Hijo, santificados continuamente por el Espíritu Santo para asemejarnos cada vez más a Cristo. Así crecemos en el sentido de nuestra filiación divina. Esto nos hace ser templos vivos de la Santísima Trinidad.

Por ser el misterio central de la vida de la Iglesia, la Trinidad Beatísima es continuamente invocada en toda la liturgia. En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu fuimos bautizados, y en su nombre se nos perdonan los pecados; al comenzar y al terminar muchas oraciones, nos dirigimos al Padre, por mediación de Jesucristo, en unidad del Espíritu Santo. Muchas veces a lo largo del día repetimos los cristianos: *Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. –¡Dios es mi Padre! –Si lo meditas, no saldrás de esta consoladora consideración.*

–¡Jesús es mi Amigo entrañable! (otro Mediterráneo), que me quiere con toda la divina locura de su Corazón.

–¡El Espíritu Santo es mi Consolador!, que me guía en el andar de todo mi camino.

*Piénsalo bien. –Tú eres de Dios..., y Dios es tuyo*⁵.

– El trato con cada una de las Personas divinas.

II. La vida divina –a cuya participación hemos sido llamados– es fecundísima. Eternamente el Padre engendra al Hijo, y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Esta generación del Hijo y la espiración del Espíritu Santo no es algo que aconteció en un momento determinado, dejando como fruto estable las Tres Divinas Personas: esas procedencias (los teólogos las llaman “procesiones”) son eternas.

En el caso de las generaciones humanas, un padre engendra a un hijo, pero ese padre y ese hijo permanecen después del mismo acto de engendrar, incluso aunque muera uno de los dos. El hombre que es padre no sólo es “padre”: antes y después de engendrar es “hombre”. La esencia, sin embargo, de Dios Padre está en que todo su ser consiste en dar la vida al Hijo. Eso es lo que lo determina como Persona divina, distinta de las demás. En la vida natural, el hijo que es engendrado tiene otra realidad. Pero la esencia del Unigénito de Dios es precisamente ser Hijo⁶. Y es a través de Él, haciéndonos semejantes a Él, por un impulso constante del Espíritu Santo, como nosotros alcanzamos y crecemos en el sentido de nuestra filiación divina. *Los que se dejan llevar por el*

³ Mt 11, 27.

⁴ Evangelio de la Misa. Ciclo C. Jn 16, 12-15.

⁵ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, n. 2.

⁶ Cfr. J. M. PERO-SANZ, *El Símbolo atanasiano*, Palabra, Madrid 1976, p. 51.

*Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Habéis recibido no un Espíritu de esclavitud para recaer en el temor; sino un Espíritu de adopción, que nos hace gritar: Abba! (¡Padre!). Ese Espíritu y nuestro espíritu dan un testimonio concorde: que somos hijos de Dios; y si somos hijos, también herederos de Dios y coherederos con Cristo*⁷.

La paternidad y la filiación humanas son algo que acontece a las personas, pero no expresan todo su ser. En Dios, la Paternidad, la Filiación y la Espiración constituyen todo el Ser del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo⁸.

Desde que el hombre es llamado a participar de la misma vida divina por la gracia recibida en el Bautismo, está destinado a participar cada vez más en esta Vida. Es un camino que es preciso andar continuamente. Del Espíritu Santo recibimos constantes impulsos, mociones, luces, inspiraciones para ir más deprisa por ese camino que lleva a Dios, para estar cada vez en una “órbita” más cercana al Señor. ***El corazón necesita, entonces, distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas. De algún modo, es un descubrimiento, el que realiza el alma en la vida sobrenatural, como los de una criatura que va abriendo los ojos a la existencia. Y se entretiene amorosamente con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo; y se somete fácilmente a la actividad del Paráclito vivificador, que se nos entrega sin merecerlo: ¡los dones y las virtudes sobrenaturales!***

Hemos corrido como el ciervo, que ansía las fuentes de las aguas (Sal 41, 2); con sed, rota la boca, con sequedad. Queremos beber en ese manantial de agua viva. Sin rarezas, a lo largo del día nos movemos en ese abundante y claro venero de frescas linfas que saltan hasta la vida eterna (cfr. Jn 4, 14). Sobran las palabras, porque la lengua no logra expresarse; ya el entendimiento se aquieta. No se discurre, ¡se mira! Y el alma rompe otra vez a cantar con cantar nuevo, porque se siente y se sabe también mirada amorosamente por Dios, a todas horas⁹.

– Oración a la Trinidad Beatísima.

III. La Trinidad Santa habita en nuestra alma como en un templo. Y San Pablo nos hace saber que *el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado*¹⁰. Y ahí, en la intimidad del alma, nos hemos de acostumbrar a tratar a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo. “Tú, Trinidad eterna, eres mar profundo, en el que cuanto más penetro, más descubro, y cuanto más descubro, más te busco”¹¹, le decimos en la intimidad de nuestra alma.

“¡Oh, Dios mío, Trinidad Beatísima! Sacad de mi pobre ser el máximo rendimiento para vuestra gloria y haced de mí lo que queráis en el tiempo y en la eternidad. Que ya no ponga jamás el menor obstáculo voluntario a vuestra acción transformadora (...). Segundo por segundo, con intención siempre actual, quisiera ofreceros todo cuanto soy y tengo; y que mi pobre vida fuera *en unión íntima con el Verbo Encarnado* un sacrificio incesante de alabanza de gloria de la Trinidad Beatísima (...).

“¡Oh, Dios mío, cómo quisiera glorificaros! ¡Oh, si a cambio de mi completa inmolación, o de cualquier otra condición, estuviera en mi mano incendiar el corazón de todas vuestras criaturas y la Creación entera en las llamas de vuestro amor, qué de corazón quisiera hacerlo! Que al menos mi pobre corazón os pertenezca por entero, que nada me reserve para mí ni para las criaturas, ni uno

⁷ Segunda lectura. Ciclo C. Rom 8, 14-17 .

⁸ UN CARTUJO, *La Trinidad y la vida interior*, Rialp, Madrid 1958, 2ª ed., pp. 45-47.

⁹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 306-307.

¹⁰ Segunda lectura. Ciclo C. Rom 5, 5.

¹¹ SANTA CATALINA DE SIENA, *Diálogo*, 167.

solo de sus latidos. Que ame inmensamente a todos mis hermanos, pero únicamente con Vos, por Vos y para Vos (...). Quisiera, sobre todo, amaros con el corazón de San José, con el Corazón Inmaculado de María, con el Corazón adorable de Jesús. Quisiera, finalmente, hundirme en ese Océano infinito, en ese Abismo de fuego que consume al Padre y al Hijo en la unidad del Espíritu Santo y amaros con vuestro mismo infinito amor (...).

“¡Padre Eterno, Principio y Fin de todas las cosas! Por el Corazón Inmaculado de María os ofrezco a Jesús, vuestro Verbo Encarnado, y por Él, con Él y en Él, quiero repetiros sin cesar este grito arrancado de lo más hondo de mi alma: *Padre, glorificad continuamente a vuestro Hijo, para que vuestro Hijo os glorifique en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos* (Jn 17, 1).

“¡Oh, Jesús, que habéis dicho: *Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera revelárselo* (Mt 11, 27)!: “¡Mostradnos al Padre y esto nos basta!” (Jn 14, 8).

“Y Vos, ¡oh, Espíritu de Amor!, *enseñadnos todas las cosas* (Jn 14, 26) y *formad con María en nosotros a Jesús* (Gal 4, 19), hasta que seamos consumados en la unidad (Jn 17, 23) en el seno del Padre (Jn 1, 18). Amén”¹².

Inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma.

– Presencia de Dios, Uno y Trino, en el alma en gracia.

I. *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él*¹³, respondió Jesús en la Última Cena a uno de sus discípulos que le había preguntado por qué se habría de manifestar a ellos y no al mundo, como los judíos de aquel tiempo pensaban de la aparición del Mesías. El Señor revela que no sólo Él, sino la misma Trinidad Beatísima, estaría presente en el alma de quienes le aman, *como en un templo*¹⁴. Esta revelación constituye “la sustancia del Nuevo Testamento”¹⁵, la esencia de sus enseñanzas.

Dios –Padre, Hijo y Espíritu Santo– habita en nuestra alma en gracia no sólo con una presencia de inmensidad, como se encuentra en todas las cosas, sino de un modo especial, mediante la gracia santificante¹⁶. Esta nueva presencia llena de amor y de gozo inefable al alma que va por caminos de santidad. Y es ahí, en el centro del alma, donde debemos acostumbrarnos a buscar a Dios en las situaciones más diversas de la vida: en la calle, en el trabajo, en el deporte, mientras descansamos... “Oh, pues, alma hermosísima –exclamaba San Juan de la Cruz– que tanto deseas saber el lugar donde está tu Amado para buscarle y mirarte con él, ya se te dice que tú misma eres el aposento donde él mora y el lugar y escondrijo donde está escondido; que es cosa de gran contentamiento y alegría para ti ver que todo tu bien y esperanza está tan cerca de ti que esté en ti o, por mejor decir, tú no puedes estar sin él. *Cata* –dice el Esposo– *que el reino de Dios está dentro de vosotros* (Lc 17, 21); y su siervo el Apóstol San Pablo: *Vosotros –dice– sois templos de Dios* (2 Cor 6, 16)”¹⁷.

¹² SOR ISABEL DE LA TRINIDAD, *Elevación a la Santísima Trinidad*, en Obras completas, Ed. Monte Carmelo, 4ª ed., Burgos 1985, pp. 757-758.

¹³ Jn 14, 23.

¹⁴ Cfr. 1 Cor 6, 19.

¹⁵ TERTULIANO, *Contra Praxeas*, 31.

¹⁶ Cfr. SANTO TOMAS, *Suma Teológica*, 1, q. 43, a. 3.

¹⁷ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, 1, 7.

Esta dicha de la presencia de la Trinidad Beatísima en el alma no está destinada sólo para personas extraordinarias, con carismas o cualidades excepcionales, sino también para el cristiano corriente, llamado a la santidad en medio de sus quehaceres profesionales y que desea amar a Dios con todo su ser, aunque, como señala Santa Teresa de Jesús, “hay muchas almas que están en la ronda del castillo (del alma), que es adonde están los que le guardan, y no se les da nada entrar dentro, ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar, ni quién está dentro...”¹⁸. En ese “precioso lugar”, en el alma que resplandece por la gracia, está Dios con nosotros: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Esta presencia, que los teólogos llaman *inhabitación*, sólo difiere por su condición del estado de bienaventuranza de quienes ya gozan de la felicidad eterna en el Cielo¹⁹. Y aunque es propia de las Tres divinas Personas, se atribuye al Espíritu Santo, pues la obra de la santificación es propia del Amor.

Esta revelación que Dios hizo a los hombres, como en confidencia amorosa, admiró desde el principio a los cristianos, y llenó sus corazones de paz y de gozo sobrenatural. Cuando estamos bien asentados en esta realidad sobrenatural –Dios, Uno y Trino, habita en mí– convertimos la vida –con sus contrariedades, e incluso a través de ellas– en *un anticipo del Cielo*: es como meternos en la intimidad de Dios y conocer y amar la vida divina, de la que nos hacemos partícipes. *¡Océano sin fondo de la vida divina! // Me he llegado a tus márgenes con un ansia de fe. // Di, ¿qué tiene tu abismo que a tal punto fascina? // ¡Océano sin fondo de la vida divina! // Me atrajeron tus ondas... ¡y ya he perdido pie!*²⁰.

– La vida sobrenatural del cristiano se orienta al conocimiento y al trato con la Santísima Trinidad.

II. El cristiano comienza su vida en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y en este mismo Nombre se despide de este mundo para encontrar en la plenitud de la visión en el Cielo a estas divinas Personas, a quienes ha procurado tratar aquí en la tierra. Un solo Dios y Tres divinas Personas: ésta es nuestra profesión de fe, la que los Apóstoles recogieron de labios de Jesús y transmitieron, la que creyeron desde el primer momento todos los cristianos, la que el Magisterio de la Iglesia ha enseñado siempre. Los cristianos de todos los tiempos, en la medida en que avanzaban en su caminar hacia Dios, han sentido la necesidad de meditar esta verdad primera de nuestra fe y de tratar a cada una de Ellas. Santa Teresa de Jesús nos cuenta en su *Vida* cómo meditando precisamente una de las más antiguas reglas de fe sobre el misterio trinitario –el llamado Símbolo Atanasiano o *Quicumque*– recibió especiales gracias para penetrar en esta maravillosa realidad. “Estando una vez rezando el *Quicumque vult* –escribe la Santa–, se me dio a entender la manera cómo era un solo Dios y tres Personas tan claro, que yo me espanté y me consolé mucho. Hízome grandísimo provecho para conocer más la grandeza de Dios y sus maravillas, y para cuando o pienso o se trata de la Santísima Trinidad, parece entiendo cómo puede ser, y es me mucho contento”²¹.

Toda la vida sobrenatural del cristiano se orienta a ese conocimiento y trato íntimo con la Trinidad, que viene a ser “el fruto y el fin de toda nuestra vida”²². Para este fin hemos sido creados y elevados al orden sobrenatural: para conocer, tratar y amar a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios

¹⁸ SANTA TERESA, *Moradas primeras*, 5, 6.

¹⁹ Cfr. LEON XIII, Enc. *Divinum illud munus*, 9-V-1897.

²⁰ SOR CRISTINA DE ARTEAGA, *Sembrad*, Ed. Monasterio de Santa Paula, Sevilla 1982. LXXXV.

²¹ SANTA TERESA, *Vida*, 39, 25.

²² SANTO TOMAS, *Comentario al Libro IV de las Sentencias*, I, d. 2, q. 1, exord.

Espíritu Santo, que habitan en el alma en gracia. De estas divinas Personas, el cristiano llega a tener en esta vida “un conocimiento experimental” que, lejos de ser una cosa extraordinaria, está dentro de la vía normal de la santidad²³. Santidad a la que es llamada la madre de familia que apenas tiene tiempo para atender y sacar adelante el hogar, el obrero que comienza su trabajo antes del amanecer, el enfermo al que no le permite hacer nada su enfermedad... Dios, en su amor infinito por cada alma, desea ardientemente darse a conocer de esa manera íntima y amorosa a quienes de verdad siguen tras las huellas de su Hijo.

En ese camino hacia la Trinidad, a la que deben conducir todos nuestros empeños, llevamos como Guía y Maestro al Espíritu Santo. *Yo rogaré al Padre* –había prometido el Señor, y su palabra no puede fallar– *y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros siempre: el Espíritu de la verdad, al que el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce; vosotros le conocéis porque permanece a vuestro lado y está en vosotros. No os dejaré huérfanos, Yo volveré a vosotros*²⁴. En este *vosotros* nos incluimos, dichosamente, quienes hemos sido bautizados y, de modo particular, quienes queremos seguir a Jesús de cerca, desde el lugar y las circunstancias donde la vida nos ha situado. Es dulce meditar que este misterio inaccesible a la sola razón humana se hace luminoso con la luz de la fe y la ayuda del Espíritu Santo: *a vosotros se os han dado a conocer los misterios del Reino de los Cielos*²⁵. Pidámosle hoy que nos guíe en ese camino lleno de luz.

– Templos de Dios.

III. A la vez que pedimos al Espíritu Santo un deseo grande de purificar el corazón, hemos de desear este encuentro íntimo con la Beatísima Trinidad, sin que nos detenga el que quizá cada vez vemos con más claridad nuestras flaquezas y nuestra tosquedad para con Dios. Cuenta Santa Teresa que al considerar la presencia de las Tres divinas Personas en su alma “estaba espantada de ver tanta majestad en cosa tan baja como es mi alma”; entonces, le dijo el Señor: “No es baja, hija, pues está hecha a mi imagen”²⁶. Y la Santa quedó llena de consuelo. A nosotros nos puede hacer un gran bien considerar estas palabras como dirigidas a nosotros mismos, y nos animarán a proseguir en ese camino que acaba en Dios. También debemos tratar a quienes cada día encontramos y hablamos como poseedores de un alma inmortal, imagen de Dios, que son o pueden llegar a ser *templos de Dios*.

Sor Isabel de la Trinidad, recientemente beatificada, escribía a su hermana, al tener noticia del nacimiento y bautizo de su primera sobrina: “Me siento penetrada de respeto ante este pequeño santuario de la Santísima Trinidad... Si estuviese a su lado, me arrodillaría para adorar a Aquel que mora en ella”²⁷.

La Iglesia nos recomienda alimentar la piedad con un sólido alimento, y por eso hemos de rezar o meditar esas reglas de fe y las oraciones compuestas para alabanza de la Trinidad: el *Símbolo Atanasiano* o *Quicumque* (que antiguamente los cristianos recitaban cada domingo después de la homilía, y que aún hoy muchos recitan y meditan en honor de la Santísima Trinidad), el *Trisagio Angélico*, especialmente en esta Solemnidad, el *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*... Cuando, con la ayuda de la gracia, aprendemos a penetrar en estas prácticas de devoción es como si volviéramos a oír las palabras del Señor: *dichosos vuestros ojos, porque ven; y dichosos vuestros*

²³ Cfr. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *Las tres edades de la vida interior*, I, p. 118.

²⁴ *Jn* 14, 16-18.

²⁵ *Mt* 13, 11.

²⁶ SANTA TERESA DE JESUS, *Cuentas de conciencia*, 41ª, 2.

²⁷ SOR ISABEL DE LA TRINIDAD, *Carta a su hermana Margarita*, en *Obras completas*, p. 466.

*oídos, porque oyen: pues en verdad os digo que muchos profetas y justos ansiaron ver los que vosotros estáis viendo y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron*²⁸.

Terminamos este rato de oración repitiendo en nuestro corazón, con San Agustín: “Señor y Dios mío, mi única esperanza, óyeme para que no sucumba al desaliento y deje de buscarte. Que yo ansíe siempre ver tu rostro. Dame fuerzas para la búsqueda, Tú que hiciste que te encontrara y que me has dado esperanzas de un conocimiento más perfecto. Ante Ti está mi firmeza y mi debilidad: sana ésta, conserva aquélla. Ante Ti está mi ciencia y mi ignorancia: si me abres, recibe al que entra; si me cierras el postigo, abre al que llama. Haz que me acuerde de Ti, que te comprenda y te ame. Acrecienta en mí estos dones hasta mi reforma completa (...).

“Cuando arribemos a tu presencia, cesarán estas muchas cosas que ahora hablamos sin comprenderlas, y Tú permanecerás todo en todos, y entonces modularemos un cántico eterno, alabándote unánimemente, y hechos en Ti también nosotros una sola cosa”²⁹.

La contemplación y la alabanza a la Trinidad Santa es la sustancia de nuestra vida sobrenatural, y ése es también nuestro fin: porque en el Cielo, junto a nuestra Madre Santa María – Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo: ¡más que Ella, sólo Dios!³⁰–, nuestra felicidad y nuestro gozo será una alabanza eterna al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo.

Cardenal Jorge MEJÍA Archivista y Bibliotecario de la S.R.I. (www.evangelinet.net)

Cuando venga el Espíritu de la verdad os guiará hasta la verdad completa

Hoy celebramos la solemnidad del misterio que está en el centro de nuestra fe, del cual todo procede y al cual todo vuelve. El misterio de la unidad de Dios y, a la vez, de su subsistencia en tres Personas iguales y distintas. Padre, Hijo y Espíritu Santo: la unidad en la comunión y la comunión en la unidad. Conviene que los cristianos, en este gran día, seamos conscientes de que este misterio está presente en nuestras vidas: desde el Bautismo —que recibimos en nombre de la Santísima Trinidad— hasta nuestra participación en la Eucaristía, que se hace para gloria del Padre, por su Hijo Jesucristo, gracias al Espíritu Santo. Y es la señal por la cual nos reconocemos como cristianos: la señal de la Cruz en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La misión del Hijo, Jesucristo, consiste en la revelación de su Padre, del cual es la imagen perfecta, y en el don del Espíritu, también revelado por el Hijo. La lectura evangélica proclamada hoy nos lo muestra: el Hijo recibe todo del Padre en la perfecta unidad: «Todo lo que tiene el Padre es mío», y el Espíritu recibe lo que Él es, del Padre y del Hijo. «Por eso he dicho —dice Jesús— ‘recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros’» (Jn 16,15). Y en otro pasaje de este mismo discurso (15,26): «Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, Él dará testimonio de mí».

Aprendamos de esto la gran y consoladora verdad: la Trinidad Santísima, lejos de ponerse aparte, distante e inaccesible, viene a nosotros, habita en nosotros y nos transforma en interlocutores suyos. Y esto por medio del Espíritu, quien así nos guía hasta la verdad completa (cf. Jn 16,13). La incomparable “dignidad del cristiano”, de la cual habla varias veces san León el Grande, es ésta:

²⁸ Mt 13, 16-17.

²⁹ SAN AGUSTIN, *Tratado sobre la Trinidad*, 15, 28, 51.

³⁰ Cfr. SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 496.

Santísima Trinidad (C)

poseer en sí el misterio de Dios y, entonces, tener ya, desde esta tierra, la propia “ciudadanía” en el cielo (cf. Flp 3,20), es decir, en el seno de la Trinidad Santísima.
